



HEMEROTECA
MUNICIPAL

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

MADRID
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS

Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7.50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO

Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 30. — Madrid 25 de Octubre de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

SUMARIO

Texto.

La década, Tordesillas. — *Carta pastoral del Emmo. y Rmo. Cardenal Monescillo y Vico, Arzobispo de Valencia*, (continuación). — *¿A dónde vamos?* Gabriel de los Arcos. — *La piedad*, A. Alcalde Valladares. — *Las Bellas Artes en España* (continuación), Conde de la Viñaza. — *A una estrella*, J. J. Julio y Elizalde. — *La señorita Urbana*, Fernando Martínez Pedrosa. — *El conejo y el zorro*, María del Pilar Muntadas. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.]

CRISTO YACENTE, escultura por Agapito Vallmitjana. — Esta notabilísima obra del reputado escultor catalán fue presentada y obtuvo medalla de segunda clase en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1876. Y por cierto que entonces anduvo de acuerdo la opinión sobre el mérito de tan hermosa escultura en mármol, juzgando que se había hecho acreedora a un primer premio. Si Agapito Vallmitjana no hubiera producido otras obras que a tanta altura han elevado su nombre, ésta por sí sola bastaría a conquistarle un primer puesto en la jerarquía de nuestras glorias artísticas.

EDUCACIÓN DE SAN JUAN. — Cuadro de expresión y sencillez, cuya

composición de género religioso traslada con fidelidad el asunto de pocas, bien sentidas y mejor agrupadas figuras.

IGLESIA DE AGRAMUNT. — La portada románica de la iglesia que reproducimos, perteneciente a una villa de la provincia de Lérida, es un detalle arqueológico bastante exacto, debido al lápiz de Antonio Utrillo, hijo de Lleyda, que en sus carteras de viaje guarda una colección de vistas de la expresada localidad.

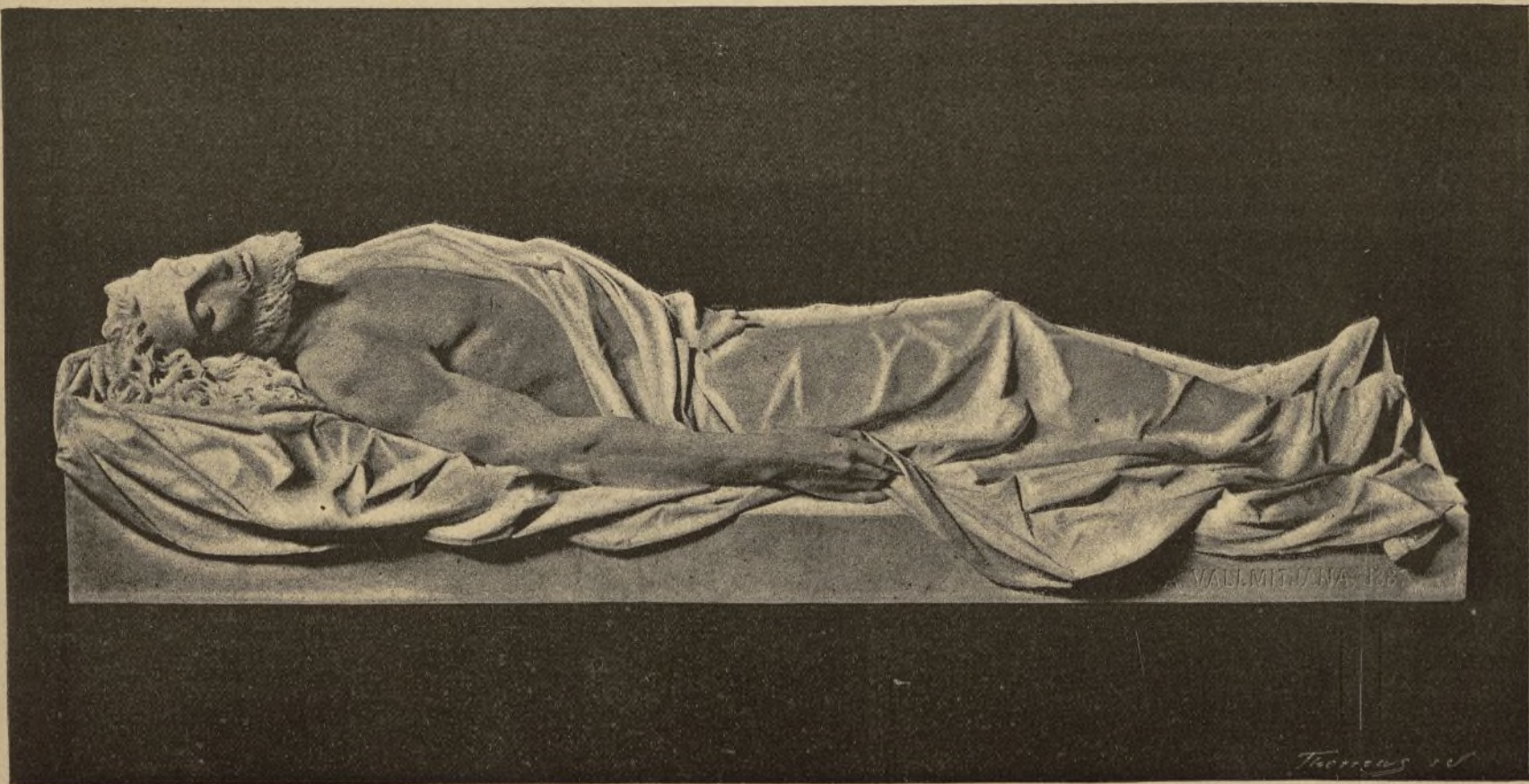
CREPÚSCULO DE LA MAÑANA, dibujo de J. Pahissa. — La primera hora del crepúsculo matutino en que el alba despeja las sombras de la noche y cubre de líquidas y cristalinas perlas el reino vegetal, es la que tan fielmente representada aparece en el paisaje de José Pahissa, grandioso, aéreo, bien distribuido y mejor visto en las hermosas creaciones de la Naturaleza. La hora en que despierta esta madre de la belleza, y los labradores, como todos los hijos del trabajo, la imitan, dejando sus chozas y enderezando sus pasos al campo, ya para labrarle ó para recoger leña, está aquí trasladada con esa vaguedad, con esa armonía de luz misteriosa que tanto avaloran las obras del artista, acaso el que mejor siente y penetra el género que tan delicadamente cultiva.

CATEDRAL VIEJA DE LLEYDA. — Otro apunte de Utrillo, no menos interesante que el de Agramunt.

TARRAGONA, CRUZ DE TERME. — Se halla situada en la carretera que pasa por la banda del mar; es un pequeño monumento, elegante y bien conservado, que el lápiz de Pablo M. Bertrán reproduce con la seguridad y soltura que le son peculiares.

LA DÉCADA

POCOS son los sucesos, escasos los ecos de dentro capaces de mantener vivo el interés que buscan los lectores de Revista. Excepto la comidilla política que siempre da que temer ó esperar, nada verdaderamente nuevo, nada que raye en la esfera de lo suprasensible y emocionable, ocurre en la villa coronada, que por suprimirlo todo, ha suprimido el mentidero. De fuera vienen ecos, noticias más ó menos palpitantes, reseñas de viajes y entrevistas; el Emperador Guillermo de Alemania postrado ante el Papa y entregado á Humberto de Italia, y que nos anuncia su



CRISTO YACENTE, ESCULTURA POR AGAPITO VALLMITJANA.

visita para el año próximo; el Rey Milano de Servia, que dicen se ha vuelto loco, lo cual no sorprenderá dados los antecedentes de su conducta con la Reina Natalia; la Infanta Doña Isabel de Borbón, que se halla en Barcelona, donde ha sido acogida como merecen sus talentos y virtudes; la Reina Doña Isabel II, que cuentan se propone visitar también la Exposición, como los Príncipes de Baviera; la Reina Pia de Portugal, que pasará por Madrid de incógnito, y como nota sombría de viajes, el desacato cometido en Zaragoza contra el hombre de Estado, literato, orador y político famoso en España, admirado y respetado en Europa, D. Antonio Cánovas del Castillo, hecho inverosímil que unánime reprueba la opinión del país.

* *

Otro asunto exterior, de sensación, llena las columnas de los periódicos, ávidos siempre de sucesos judiciales, que se explotan ya aquí como en el extranjero: la causa llamada del *Muerto resucitado* de Plasencia, en la que palpita el drama a lo Dumas ó Sardou, por sus episodios inverosímiles y enmarañados lances. Trátase de esclarecer si el protagonista de esta obra de espectáculo es Santa Olalla ó Campo Barrado, contra cuyas dos suposiciones hay numerosos testigos, si bien la opinión pública, tan exaltada en aquella localidad, se inclina á suponer que hubo sustitución de la discutida personalidad de D. Eustaquio Campo, afirmando muchos resueltamente lo que el interesado no parece capaz de afirmar; que es el mismo en cuerpo y alma. Claro es que en todo esto hay de por medio una herencia; pues á ser el resucitado pobre de toda solemnidad, posible es que no hubiera vuelto del otro mundo, ni que diera que hacer á curiales, vecinos, jueces, *reporters*, telegrafistas y locos sueltos y atados.

* *

De por acá, mete ruido y preocupa bastante al ahorro de los pobres, la cuestión de la caja del Monte de Piedad, atenuada por unos, exagerada por otros, y en el fondo, á lo que parece, nacida de una resolución poco acertada. Los imponentes acuden á retirar los fondos; los ánimos no se calman; las seguridades con que la Junta del piadoso establecimiento procuró contener los efectos de su acuerdo; la garantía del Banco de España en favor de los créditos, nada de esto ha servido para restablecer por completo la confianza, que, sin duda, al cabo y al fin, se restablecerá. Pero el Consejo de Administración del Monte, compuesto de hombres íntegros, de personas respetables, de buenos cristianos atentos siempre al bien de las clases populares, seguramente no desperdiciará el aviso que le dan estos deplorables sucesos, para no exponer el arraigado crédito de aquella próspera casa, ni dar motivo á comunicados reticentes como el que, de un individuo dimisionario de la Junta, han publicado estos días los periódicos. Es decir, que la Junta debe mantener una constante y directa intervención en las operaciones y negocios del establecimiento, para que no pueda creerse siquiera que obró con imprevención.

* *

Días pasados leía yo que se había encontrado en la vía pública un hombre muerto de hambre; un sér que habría carecido de alimentación en algunas horas; sin más, se me vino á mientes la idea de Succi, que en Barcelona acaba de repetir la prueba de vivir treinta días consecutivos sin otro alimento que agua común, bicarbonatada ó alcalina. Mediante la mínima cantidad de 50 céntimos de peseta, vi al famoso ayunador en el día octavo de su peregrinación camaleónica, no descubriendo nada excepcional en aquel hombre de mediano cuerpo, figura

vulgar, demudado semblante, palidez febril, mirada vaga y un tanto siniestra, que manopla en mano y florete en manopla, balanceaba un si es no es su cuerpo como el que intenta probar que le sobra fortaleza para una embestida. De mi impresión saqué yo el convencimiento contrario; que Succi debía estar, y en efecto estaba, débil; poco dispuesto á bromas, transparentando su languidez de estómago y cortedad de alientos; sacando, en fin, de tripas corazón, porque realmente no era poco tenerse en pie, poder hablar y accionar, convertido el físico en mecánico aparato. ¿Cómo se hallará al fin de la prueba y después de haberle lavado 30 veces el estómago? Lo deduzco; hecho el pobre experimentador, como vulgarmente se dice, un trapo. Pero no hay que negar que en ese organismo reside un secreto, un misterio, un temple de espíritu vencedor de la materia y que logra dominarla.

Y si realmente, el famoso italiano posee una receta de su invención, para no tener que mandar á la compra ó pagar fonda, evitándose indigestiones y molestias, que la saque de una vez del estado de crisálida gritando: «¡Abajo el plato!» y nos habremos ahorrado muchos disgustos.

* *

A medida que los premios en los certámenes artísticos bajan, se introducen otros llamados de la belleza, dedicados á la naturaleza animal. En el juicio de París se arrojó una manzana «A la más bella.» En Spa se han arrojado unos miles de francos á la mujer que presentaba el mejor coramvobis, y si hemos de juzgar el mérito físico de las elegidas por los grabados que por aquí andan, hay que desconfiar del juicio que sobre la hermosura tienen formado los extranjeros. Para el otoño de 1885 se prepara otra Exposición de molletes, cuyo primer premio será de 25.000 francos. En Londres habrá otra durante la *Season* y en los Estados Unidos harán oposiciones de guapeza hasta los caballeros. Ya hubo una Exposición de jorobados, justo es que la haya de hombres perfectos; pero el día que en esos lugares, se invente un certamen para premiar al sentido común, de fijo se declara desierto.

Fordesillas

CARTA PASTORAL

DEL EMMO. Y RMO. CARDENAL MONESCILLO Y VISO,
ARZOBISPO DE VALENCIA

(Continuación.)



ENE el entendimiento humano sus flaquezas y desgracias como las tiene el corazón: en ambos llegan á ser enfermedades incurables los dos achaques cuando los alimenta la prevención odiosa ó el engaño del propio sentir. Consisten los males del entendimiento en sacar malas consecuencias de buenos principios y también en el empeño de sostener y de justificar lo que no dice bien con la razón ni se arregla con la conciencia. Fomento dan á esta clase de vicios los desvíos de Dios, que son pecados, y el apego terco á las persuasiones del orgullo que nunca dice basta. Así los principios son respetados y sostenidos cuando de ellos saca provecho el amor excesivo del hombre, y de ellos se prescinde cuando de alguna manera vienen los sucesos y las cosas á mortificar mil elaciones afortunadas, merced al espíritu de adulación que las alienta. No ve quien así anda, y de inconsecuencia en inconsecuencia, tropiezo inevitable del mal consejo allí cae donde la misma in-

quietud de la soberbia le empuja. Y dejando la alegoría para hablar ya sin figuras, conviene decir que el hombre no es bastante poderoso para cambiar la naturaleza de las cosas. Ó con Dios, ó con el diablo; con la autoridad ó contra la autoridad. Jesucristo nos dijo: El que no está conmigo está contra mí; y quien conmigo no cosecha, ese tal disipa. Pues bien: rigen el mundo dos potestades, espiritual una y la otra temporal; y lo rigen y gobiernan la primera por disposición divina, regulada y expresa según la voluntad de su Fundador Jesucristo, la otra en nombre de Dios, de quien procede toda ordenación y potestad, mediante la providencia de los hombres, significada en esta ó en la otra forma. Lo cual nada quita al origen de la soberanía de Dios como nada pone que desdiga de la dignidad del hombre ni que le deifi que. Así los dos principios pueden concertarse y de hecho se conciertan como nacidos de común origen para hacer en calma, en paz y pacientemente la dicha de las naciones. Por más que se haya dicho no es origen del derecho público esta bárbara máxima. *El más fuerte siempre triunfa del más débil.* Pudiera ser y por desgracia no es cosa peregrina que los hechos de fuerza lleguen á tener la sanción material del tiempo, consumidor de las cosas; mas en buena Ética los hechos de fuerza deben encaminarse á sostener y defender el derecho. El mismo espíritu de conquista debe ser regulado por la razón y con miras de mejor providencia, quitando á las agresiones todo lo que suelen tener de avaras, de ambiciosas y crueles, ya que de suyo llevan el sello de atrevidas y desaforadas. En todo, pues, que prevalezca el dictamen de una tutela bien comprendida y practicada sin enojo, sin pasión y sin iras. Las naciones cristianas retroceden al paganismo cuando en lugar de la compasión hacia los vencidos profesan la máxima *Vae Victis!* ay de los vencidos!

Dogma, moral, disciplina, culto, enseñanza cristiana y conciliar y cuanto se relaciona con el gobierno de la Iglesia y á la dirección en las almas se refiere, todo ello pertenece exclusivamente á la potestad espiritual, pues las cosas de religión siendo de orden superior á las cosas de política por necesidad, su maestro y regulador es el sacerdote. Á la vez y como en feliz paralelo entra la potestad temporal *interviniendo*, no *previniendo* en lo relativo al gobierno público de la Iglesia, simplemente para proteger su libertad y para amparar su ejercicio, esto es, concurre como apoyo exterior y en concepto de hija agradecida que recuerda gloriándose la majestad de su madre. Lo cual sobreviene á las prerrogativas y funciones de la Iglesia á modo de generosa ostentación que honra y levanta más que al protegido al mismo protector por cierto correspondido por la Iglesia larga y benigneamente. Desdice, pues, de la naturaleza del protectorado y repugna al oficio de protector la idea de oprimir al indefenso, de ofender á quien como la Iglesia lleva atadas las manos, de humillar ó de tolerar sea mortificado el sacerdote en la libertad y en el ejercicio de su ministerio, que es la dispensación de los dones de Dios y de los misterios de Cristo. Decía el Emperador Justiniano: «Dios ha confiado á los hombres el sacerdocio y el imperio, el sacerdocio para administrar las cosas divinas, y el imperio para presidir á las cosas humanas; uno y otro proceden del mismo principio....» y de esto concluye que él no pretende arreglar por sí mismo los negocios eclesiásticos, sino únicamente confirmar las reglas de la Iglesia y los cánones de los Concilios. *Pouvoir du Pape au moyen age par l'abbé Gosselin. Introduction, n.º 72.*

A causa de conceptos equivocados, de términos ambiguos y en virtud de especies ligeramente apadrinadas por ingenios irreflexivos, se ha creído que la Iglesia por serlo y no venir de este mundo, *regnum Christi non est hinc*, ha de sufrirlo todo hasta la sin-

razón, todo ha de aceptarlo hasta las injurias y por espíritu de mansedumbre al estilo de la suavidad jansenística ha de humillarse y aun de aplaudir ante las agresiones y desafueros de varia índole. No debe ser así en verdad y de hecho no puede serlo. Del César y para el César serán los tributos; el César gobernará el Estado; á nombre del César se acuñará la moneda; el busto y la inscripción será del César, y sumisa la Iglesia al imperio, al que fuere su César, y respetando lo constituido prescindirá de cuestiones por lo menos impertinentes diciendo á los hijos del Evangelio: Obedeced á quien manda; dad tributo á quien se debe el tributo, honor á quien el honor es debido, pagad los censos y gabelas, respetad y obedeced á las potestades. Hasta aquí las relaciones sociales de la Iglesia con el Estado; y al empezar las del Estado con la Iglesia dirá ésta enseñando y advirtiendo al Estado. Nada ordenes ni mandes que sea contrario á la ley de Dios, pues de hacerlo seguirá la letra y el espíritu del Príncipe de los Apóstoles recordando que antes se debe agradar á Dios que á los hombres. Conducta que luego imitaron los Emperadores de la talla de Constantino Magno y de Valentiniano III. Decía el primero á los Prelados de la Iglesia: *Vos intra Ecclesiam Episcopi, ego extra Ecclesiam Episcopus constitutus sum a Deo*. El segundo hablaba de esta manera: *Mihi, qui unus e numero laicorum sum, non licet me ejusmodi negotiis, ecclesiasticis, interponere*. Valentiniano su hijo oyó de boca de San Ambrosio estas graves palabras: *Noli te gravare Imperator, ut putes te in ea, quae divina sunt, jus imperiale habere. Noli te extollere, sed si vis diutius imperare, esto Deo subditus..... ad imperatorem palatia pertinent, ad sacerdotem Ecclesiae: tibi moenium jus concessum est, non sacrorum*. Hosio, Obispo de Córdoba, decía al Emperador Constancio: *Non te immisceas ecclesiasticis, negotiis, neque nobis in hoc genere praecipe, sed potius ea a nobis disce. Tibi Deus imperium commisit, nobis quae sunt Ecclesiae concedidit*. Y para no fatigar al lector con más citas pueden comprenderse todas en lo que Teodosio el Joven escribía al Concilio de Éfeso: *Nefas est qui SS. Episcoporum adscriptus non est, cum ecclesiasticis negotiis et consultationibus se immiscere*. Hállanse en los Expositores Sagrados, señaladamente en CORNELIO A LAPIDE. Comm. in Evang. S. Math., cap. XXII. v. 21. Bastante dan en qué entender á los Príncipes, á los gobiernos y al Estado los negocios temporales de paz y de guerra, de censos, de tributos y de concusiones públicas. Déjeseles, pues, en su regular ocupación de gobernar los pueblos, y también á la Iglesia en libertad de gobernarse á sí misma. Pero si bien las llaves del alcázar, de la ciudad y de los castillos están justamente en manos de los regidores del mundo, las llaves del Santuario, las de las conciencias y del mundo moral están bajo el cayado, ó báculo pastoral. Que descendan de los palacios á la Iglesia los Príncipes, que hijos de la Iglesia son al cabo, y la Iglesia, después de bendecir á los arrodillados ante el tabernáculo, les dispensará los dones y gracias de los misterios de Dios. ¡Feliz cambio de oficios!

Según que el cristianismo se extendía y con él el verdadero conocimiento de Dios y del hombre, tomaba la sociedad un vigor hasta entonces desconocido, y los Emperadores, atentos al rumbo que las cosas llevaban, comprendieron que la dilatación del imperio y las expansiones del espíritu moralizador del orden que con tales incrementos se iniciaba pedían favor, gracia y sanciones solemnes. Lo mismo Constantino el Magno que los dos Valentinianos I y III y Teodosio el Joven, acudieron con celo, piedad y sabiduría á impulsar la obra maravillosa del Evangelio, y cooperando á este grandioso proyecto la Iglesia confirmando los edictos y leyes imperiales, á su vez estas disposiciones regocijaban al

apostolado cristiano. Con tan laudable cambio de propósitos y de buenos oficios se estrechaban más y más y rápidamente las intimidades nacientes. Constantino confirmaba con su autoridad el Concilio de Nicea, Teodosio el Grande el de Constantinopla, Teodosio el Joven el de Éfeso y Marciano el de Calcedonia, y Justiniano insertó estos cuatro Concilios entre las leyes del imperio. Sucediéndose unos á otros los buenos oficios entre el sacerdocio y el imperio, ambos ganaban en virtud, en consistencia y en prestigio, y así el dogma como la disciplina adquirían saludable crédito, siendo robustecidos varios puntos de ambas clases, tales como el Primado de la Santa Sede, la santificación del domingo y de las fiestas y varios otros por medio de Edictos imperiales. Por manera que corriendo los tiempos casi no hubo punto ninguno de importancia relativamente á la doctrina cristiana y á la disciplina eclesiástica que no fuera confirmado en virtud de constituciones imperiales. Ni consentía otra cosa la naturaleza de los asuntos. Frente á frente uno de otro, el sacerdocio y el imperio veían, tocaban y miraban verdaderamente arrobados la recíproca importancia que las leyes eclesiásticas y las civiles cobraban ante los pueblos y entre sí mismas sin más que concurrir juntas á la acción de continuidad maravillosa que sostiene el verdadero espíritu público fomentando los adelantos positivos que engrandecen las repúblicas.

(Concluirá.)

¿Á DÓNDE VAMOS?

AL SR. D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA,
Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

QUÉN se preocupa en saberlo, sobre todo cuando como ahora se vuelve del grato veraneo á que se entrega en masa nuestra sociedad, diseminándose por playas y balnearios, toda elegancia y derramando primores, tranquila, feliz; los hombres públicos, haciendo por hábito política y discursos; los hombres políticos, lucubraciones y propaganda; los hombres de negocios, que transitoriamente dieron de mano á los suyos, reuniendo elementos para hacer otros más pingües y lucrativos; el imponderable número de bellas, alma y encanto de los salones, habiéndolo sido de cuantos felices mortales tuvieron la dicha de contemplarlas al salir, como Venus, de las espumas del mar, ó bien en los elevados ó favorecidos círculos en que les plugo congregarse; la juventud dorada, soñando y seduciéndose mutuamente, con la participación de sus mágicos ideales.....

Y es natural que así suceda: de aquí que domine sólo el recuerdo y resumen de los recientes goces pasados. Estos pasearon por la célebre Concha de San Sebastián, puesta en alza por el favor de la Corte; aquéllos se esparcían al pie de las verdes y pintorescas montañas que rodean á Santander; unos respiraron las plácidas y frescas brisas del Océano en San Juan de Luz, ó en Biarritz, ó en Arcachón; otros fueron á refugiarse como en nido de amores en elegante y moderno *Ferme*, allá en Cannes ó en Cautterets, ó en Luchon de Bagnères ó en Luchon de Bigorre, ó más cerca ó más lejos, pero siempre en lo más bello de la Francia meridional, de esa Francia que tanta atracción ejerce sobre nosotros los españoles, y no pocos, dilatando sus excursiones, contemplaron los encantadores lagos de Suiza, ó las deliciosas orillas del Rin, visitando después á Baden y á Dresde, y á Maguncia y á Colonia..... hasta que Octubre, con sus borrascas equinocciales y las primicias del cercano invierno, y las lluvias y nieblas adelantadas, ha dado la orden de regresar á los patrios lares, para reunirse de nuevo á última hora

del día en la Castellana ó el Retiro, según éste ó aquel paseo gocen el favor de la moda, y por la noche en el *Real* y en los salones que vuelven á recobrar su perdida brillantez con los peregrinos astros que derraman su luz esplendorosa en ellos; pues las noches de Madrid, digámoslo con justa y legítima satisfacción, son copia en lo fantástico de las *Mil y una*, como que la maravillosa Lámpara de Aladino así ilumina una esfera como otra; donde acaba la genuinamente aristocrática empieza el *buen tono*, que en España, digámoslo también, es el tono nacional.

¡Espléndida y deslumbradora sociedad! á la que no dudaríamos en llamar de los sueños dorados si no fuese tan activa; de los generosos ideales, si no fuera tan consumada en el álgebra; del poderío y la grandeza, si bajo sus ostentosas galas y su rica y oriental pedrería de sultana, no se vieran sus aterradores déficits; de todas las felicidades juntas de la tierra, si no se sintieran sus violentas palpitaciones, el doloroso retorcimiento de sus músculos; si no percibiésemos cierta hediondez por encima de los aromas que la embalsaman; si no notásemos que falta ó sobra algo en ella, y que ya por el ansia de desprenderse de lo que la abrumba, ya en el afán de perseguir sin tregua lo que codicia y no obtiene, se agita como el con-vulso hasta dar en sus crisis, como los epilépticos-peligrosas y temibles sacudidas.

Porque, sin ilusiones, y poniendo la mano sobre ella, como sobre el propio corazón para estudiarlo, dentro de la entidad que representa se encuentra lo primero la negación junto á la afirmación: la apariencia es esa forma seductora, de exuberante lozanía que todo lo cubre de flores y frutos; la realidad, el principio corrosivo de un vicio genérico que descompone su sangre y devora sus entrañas; y con la mano puesta sobre ella se ve y se siente cómo el mal va tomando proporciones alarmantes; que ataca sus organismos; que destruye las fuerzas vivas que la sostienen; que obra con la misma energía en la cabeza y el corazón, arriba y abajo, sin que se conozca ninguna farmacia provista del suficiente ácido fénico para combatirlo.

Acaso alguien imagine que aludimos al descreimiento de que se la acusa; pero no es así, porque no hemos llegado todavía á convencernos de que en España haya podido tomar carta de naturaleza. Por muy lejos que haya ido — no que la hayan llevado; — mientras conserve una sola gota de su sangre, en ella se realizará la transmisión de raza, y á su calor vivificante se encontrarán, como en un santuario, Dios y su fe, la patria y su amor. No; lo repetimos y afirmamos, el descreimiento no pasa de la superficie: lo alardea lo más pueril que hay en el hombre: la vanidad; lo finge el espíritu de escuela, por excelencia y eternamente sistemático; si se nos permite la frase, diremos se profesa, pero no se practica, sino por el número de seres que corren á la desbandada de todas las leyes, y en primer término de las divinas; pues harto sabemos que, para desbocarse el bruto, rompe el freno; y que el agua, cuando se precipita en desbordado torrente, rompe el dique más poderoso. Conste, pues, que en las nuestras está; que si hay creencias pueden ser, y serán sin duda, más ó menos firmes, más ó menos laxas; eso va en educación y hasta en temperamento. Y como el fuego sacro por las vestales, así se conservan en germen ó en desarrollo en lo más íntimo del alma; pues por mucho que nos hayan enseñado y hayamos aprendido en la vasta ciencia del positivismo, no es posible olvidar que existe otra patria más allá de ésta de los relumbrones; que hay un poder superior á todos los poderes que se imponen y acatan en la tierra; que no alienta más esperanza que la que en *Él* se cifra; que sólo su mano levanta al caído, y su amor el único que subsiste después de la caída por espantosa que sea, conservándose in-

cólume, á vuelta de las debilidades humanas, el derecho adquirido y sagrado á la patria ulterior y al supremo bien de reposar en ella.

Fijo el pensamiento en nuestra época, recordamos una locución vulgar pero apropiada á nuestro propósito: «lo que no va en lágrimas va en suspiros.» Toda pendiente que conduce á un abismo vendrá á realizar el mismo fin, y esa es la pendiente donde la sociedad española tiene puesto no un pie, sino los dos, sin pensar que puede estrellarse en el descenso; la pendiente por la que va en masa, disputándose el sitio, sin mirar nunca á la espalda ni donde asienta la insegura planta.

Antes que mediara nuestro siglo XIX, por unos tan encumbrado, tan execrado por otros, y en esta tierra española, donde había y hay muchas é insignes virtudes, que nadie advierte porque no juegan entre las pompas de su lucimiento; la sociedad en todas sus esferas un poco imaginarias, como lo son las del globo terráqueo, era sencilla y singularmente morigerada; tenía costumbres propias que venían consagradas de antiguo por su bondad y ser transmitidas en herencia. El hogar era el centro fijo de la familia, y ésta, por sus condiciones esenciales, realizaba la unión más estrecha, más íntima y más feliz de todas las del mundo civilizado; pero á partir de esa época, sin referimos á las causas, pues sería largo y ocioso, penetró en ella el espíritu *ultra-pirrenáico*, la invadió, supo enamorarla perdidamente, la dió sus formas, después sus gustos y por último sus costumbres; y he aquí, como sin que ella misma se diese cuenta de lo que perdía al perder las suyas, ni de lo que aventuraba al adoptar las ajenas, vió abrirse en su cuerpo todavía sano una de las llagas más gangrenosas de las sociedades modernas; mal incurable, nunca lo suficientemente deplorado, por todos reconocido, que todos reprueban y anatematizan — menos los economistas — y al que sin embargo todos abren las venas de sus brazos para favorecer la infiltración; todos se contaminan con su virus y se abandonan sin reserva á sus caros y prestigiosos goces, pasando de lo posible á lo imposible; todos le rinden ostentoso culto y le ofrecen costosos sacrificios, sin que nadie se exima de su dominio, al menos de voluntad. De entonces data el desenvolvimiento asombroso del lujo que devora á nuestra sociedad, como devora la fiebre el cuerpo humano, y que si aun dista del *summum*, si volvemos los ojos á los clásicos modelos de la antigüedad, lo que pueda faltarle en grandeza lo suple la extensión que abraza su dominio.

Está probado — y no hay para qué traer citas y textos á colación — que la sociedad, renegando de su primitivo origen, constituido por un Padre común en el principio y una familia única en los tiempos, vino más tarde á dividirse en clases. El número 3, simbólico en la divinidad, fué adoptado por la humanidad en aquella operación algebraica. Hízose, pues, la resta; cada grupo se llevó sus elementos propios, y si bien prosiguieron formando un todo en una fe y una Iglesia, dentro de la patria del espíritu; un pueblo mismo, dentro de los límites que las sociedades se circunscribieron, marcarónse hondamente las tres líneas divisorias, dejando entre sí otros tantos espacios, en los cuales quedó trazada su órbita de acción, resultando cada clase distinta en sus costumbres, gustos, medios é ideales; en su destino en la tierra, que unos señorearon, otros ilustraron y los más rompieron regándola con el sudor de su frente para arrancarle los tesoros que encierra en su pródigo y fecundo seno: tres clases que se unían como se unen en los horizontes el cielo y la tierra á favor de la distancia, que cuando trataban de acercarse, abríase más ancho el vacío que las separaba, sucediendo lo que sucede en todos los equilibrios cuya fuerza no está bien calculada: su misma violencia determina el cansan-

cio, y de éste procede casi infaliblemente la caída.

Sin entrar en las causas que las modificaron en su modo de ser y en sus relaciones, y viniendo á nuestra época, á nuestra sociedad y al punto en cuestión de nuestro humilde artículo, nos encontramos con una analogía digna de tomarse en cuenta. Las tres clases que componen el cuerpo social ejecutan el mismo pronunciado movimiento, admirable por la semejanza en el fin que se proponen, por más que en la forma y en los medios difieran mucho: las tres tienden al goce material y se lanzan con ardor á su conquista. Las inferiores viven mirando hacia arriba, la superior sólo se mira á sí misma porque juzga que á sí misma se basta. *Gozar* es el lema de la alta: *ser y gozar* el de la media; su emancipación de la dura é imprescindible ley del trabajo, *gozar y ser* el de la última; resultando de aquí el egoísmo arriba; la ambición, que todo lo escala, en el centro; la envidia, que aborrece al que posee, abajo; y esto constituye las únicas diferencias positivas entre las tres. Hasta el ambiente que se respira está saturado de deseos: el genio de la imitación bate sus alas sin descanso: éstos parodian á aquéllos, siendo á su vez parodiados por los otros; todos se sobrepujan á sí mismos, y se diría que la sociedad del último cuarto del siglo XIX se compone de seda y oro, si no estuviera formada de harto quebradizas piezas de artificio.

Se comprende y explica que allá en altas esferas se lleve la esplendidez hasta el último límite del despilfarro. ¿Por qué no? Tiran lo que les sobra, perdida la noción de que hay quien lo necesita, y si no están en su lugar, se hallan dentro de su derecho. Palacios, suntuosos trenes, numerosa servidumbre, costosas fiestas, viajes de recreo, joyas, galas, caprichos.... todo está justificado; quieren, pueden, y nada les detiene. Representan una inmensa fortuna, acumulada sin regla y gastada sin discernimiento; les queda mucho, les queda más, tienenlo por inagotable y siguen en su loco derroche. Hasta el pasado siglo venían gastando sus tesoros ó parte de ellos en fundar colegios y hospitales, después de construir conventos y dotarlos de gruesas rentas, — esto es — dando culto á Dios y favoreciendo á huérfanos y menesterosos; en éste los emplean de otra manera. Los condes de Peranzules, así como los duques de Lerma y otros y otros, dejaron marcada su huella en monumentos que atestiguan su piedad; nuestros tiempos no son ya los de *obras pías*, y sus preclaros descendientes van á derramar su oro donde mejor les place, sobre todo á la vecina Francia, sin cuidarse de que se cubra ó no con el gorro frigio. Todos son gustos y va en épocas; mas de cualquier modo que sea, el lujo no sólo es en la alta clase disculpable, sino útil, necesario, por lo que se deben á sí propios en lo que representan y por lo que dan á ganar á las artes, al comercio y á la industria; complace además su fausto porque tiene algo de histórico, de legendario, de nacional: esos recuerdos vivos del pasado vienen á ser en el edificio social el adorno de su coronamiento, algo así como nuestras góticas y suntuosas Catedrales, que á todos pertenecen y de todos son orgullo. Clase, pues, de privilegio el lujo puede merecer bien; pero en la que le sigue y hace de ella su espejo, el lujo pasa de peligroso á culpable; en esa el lujo es la piedra atada al cuello del que se arroja al mar.

Inteligente, activa, honrada, digna, apta para todo; la clase media es el nervio, la savia, la vida del Estado. En la nuestra se conserva el tipo verdaderamente nacional, sin degeneraciones ni palideces, con la generosidad y la hidalguía castellanas: ella es la que puebla aulas y academias; la que viste la toga, la que ciñe la espada, la que rige el timón del Gobierno, la que ostenta la pluma del publicista, la que hace oír su voz con sin par elocuencia en

el Parlamento, la que maneja el pincel, la que posee el genio y con él la mayor suma de virtudes que ennoblecieron y levantaron el nombre español á grande altura; mas seducida por el lujo, ha caído en tal estado, que toda la nieve que corona nuestras montañas no basta á contener su corrupción, viéndose expuesta á acabar como la ostra, que sumergida en un vaso de leche se deshace, ó la perla que en aromático vino se disuelve; marchando á paso de gigante al abismo donde caen las sociedades que se visten de brocado y armiño y se manchan los pies de lodo.

Ambiciosa, tocada de la vanidad, ya no es lo que fué: y si Jovellanos volviera á la vida y tomara de nuevo la pluma, pintaría severamente en sus sátiras á la mujer que lleva sobre sí más tela cortada en trozos, más encajes, cintas y flores, más adornos que en otro tiempo pudiera necesitarse para engalanar una familia entera; fustigaría con más rigor al hombre que, convirtiendo en vana superfluidad la modestia, salta por encima de los respetos humanos, del deber, de la conciencia, mistifica, vende, compra, adquiere y de escalón en escalón, sube como suben las plantas trepadoras si encuentran un hilo á qué enroscarse y un clavo que le suspenda.

Se dirá que en este coro Madrid, como es natural, lleva la voz, que su foco infeccioso vicia la atmósfera en que se bañan 16 millones de españoles; que sirve su modelo á las provincias, exacto; pero no puede negarse la desconsoladora verdad de que, contagiada la Península, entra por partes en el general concierto, sin que nadie se aparte de la vulgar corriente; al contrario, calcándose con la posible perfección, la aldea toma lo que puede de la villa, ésta de la capital, la capital se ilumina con los brillantes reflejos de la corte, y hay tantos afiliados como personas, todas deslumbrando con su relativa ostentación, seduciendo con sus formas, sumergidas en el goce que forma parte integrante de la vida; todas felices, admiradas y envidiadas, aunque por dentro inquietas, sombrías, buscando medros, jugos, aplazamientos y viviendo al día hasta que suena la hora fatal del balance.

Entonces viene implacable para el funcionario público la cesantía, se notifica el auto de prisión que precede á la causa criminal, se decreta el concurso de acreedores ó se corta el apretado nudo con una ó dos balas del precioso revólver. ¡Cuánto fraude, cuánto agio encubre el rico y bien cortado frac! ¡Cuánta frente manchada bajo los artísticos rizos que la cubren y la blanca y vaporosa pluma que la acaricia! ¡Cuánto puro y delicado afecto ahogado en el fondo de la avasalladora ansia humana! ¡Cuántas repulsiones vencidas en aras del boato codiciado, que vuelven á renacer más resistentes y poderosas saliendo de su mortaja de gasas y brillantes á la vida de la desesperación ó del escándalo....! Esto se ve, se palpa, se deplora, pero nada más; lo que ayer fué mucho hoy es infinito, y de conquista en conquista, de refinamiento en refinamiento, éstos antes, los otros después, todos siguen por el carril abierto á la generación que pasa y á la que viene en pos, más empapada en las emanaciones deletéreas del positivismo.

¿Que no hay nivelación en el presupuesto de la familia? Pues se hace una operación de crédito repetida mientras éste dure. ¿Que los casamientos se disminuyen en proporción alarmante, porque siguiendo y ampliando la costumbre sólo para los regalos de boda se necesita un capital, y otro reclama el mobiliario, y las mil exigencias sin las que no es posible pasarse? ¿Y quién concibe que á vivir sin goces y con economías es preferible el celibato, que al fin es estado de más desahogo y libertad? ¿Que se aventura la honra en esto ó en aquello, que se hace ó deja de hacer lo que reprueba severamente la moral....? ¿Y qué remedio! No se consi-

que mucho sin exponer otro tanto: esas son las transacciones de todos los tiempos; además, ¿quién se resigna á carecer, viendo gozar sin medida á los que merecen menos que nosotros....? ¿Quién vive ni debe vivir sin tomar aguas ó aires en el verano, sin abono de teatro en el invierno, sin *martes* ó sin *sábados*, sin encajes de Bruselas ó Cluní, sin *martas* sevellinas ó delicados armiños, sin la sedería de Lión, sin porcelanas, sin bronce, sin todas esas encantadoras fruslerías que vienen á ser como el sello del buen tono y del gusto artístico? ¿Quién se atreve, por último, á descomponer el cuadro haciendo alardes de sencillez puritana ó privándole de su linda espléndida figura....?

Nuestros padres, con menos ciencia de la que nosotros atesoramos, supieron lo que no nos es dable comprender y seguimos ignorando por completo: vivir dentro de las condiciones de su estado: ¡cuán felices! y no les faltó jamás el aprecio conquistado con sus modestas cualidades; la íntima satisfacción de su recto proceder, la paz de su modesto hogar, el amor de la compañera elegida por afecto en la juventud, y con la que compartieron fielmente sus gozos y sus penas, sus holguras y estrecheces; el cariño y el respeto de sus hijos, educados por ellos ó á su vista, y que, realizando las promesas divinas, eran corona de su vejez. El bienestar relativo de la medianía les bastaba; robustos más que nosotros, no les cansaba el trabajo, santa y sólida base de su fortuna; el orden y acierto en la distribución de sus intereses les proporcionaba, á los que sólo los poseían mediocres, el pequeño tesoro formado por las economías de la familia, abrigo de los reveses que, precavidos, fácilmente se conjuran; y este afán devorador del mañana, que hoy nos consume y aniquila, no les emponzoñaba el goce más grato cuanto más puro. Nuestras madres, ¡verdad! no eran *fashionables*, no legislaban en materias de suprema elegancia; no sabían de formas, sino lo estricto y necesario para ser modelos de decoro y dignidad; su mundo cabía dentro de las cuatro paredes de su casa; nos criaron ¡benditas! en su regazo; vivieron en primer término para la familia, de la que eran ángeles tutelares; tomaron de la sociedad, en la acepción que ahora damos á la palabra, aquellos placeres compatibles con su estado y fortuna, sin dejar de mirar nunca á su honra, que era la nuestra; y nos legaron ejemplos que, si por desgracia no se imitan, serán eterna admiración y orgullo de los que nos preciamos de ser sus hijos.

Se dirá, y no seremos nosotros quien lo niegue, que aquella sociedad pasó, sucediéndola otra distinta, es exacto; pero no lo es menos que en el tesoro de conquistas que nos trae la actual, cabe cuanto de bueno tuvo y fué mucho, la que en esta transición ha dejado de existir; mas la nueva, con la tendencia encarnada en el sér que la caracteriza, háse consagrado exclusivamente á levantar altares al placer en toda su plenitud, con todos sus realces y vanidades paseadas en carroza; á cifrar en un airón de plumas, en una cascada de blondas, en un puñado de perlas, propias «verduras de las eras», como diría el melancólico Jorge Manrique; á barrenar atrevidamente la boca, poniendo en juego todas sus energías, para dar con el áureo filón que sin duda guarda en sus entrañas, á riesgo de que al saltar en pedazos hiera y derribe lo que alcance, sin darse cuenta de que el oro-placer, ese dios de los pies podridos, aunque lleve la cabeza coronada de rosas, cual el ala de la mariposa, no deja más que polvo entre los dedos.

Entre tanto, ¿qué va á quedarle á la generación educada á la alta escuela moderna....? ¿Á esa generación que procede de otra por desgracia en quiebra permanente y que nada sólido puede dejarle, porque todo lo deja arrasado como espesa nube de langosta, las mieses por donde pasa....? Los

hábitos de lujo y disipación que han llegado á formar naturaleza, y la necesidad imperiosa de continuarlos en *crescendo*, para no desmerecer en nuestra sociedad de alquimia; el ansia viva, ardiente, verdadera sed de hidrópico de los goces materiales que desde su infancia la agita, junto con la suma no pequeña de dificultades para apagarla; franqueada la puerta de los deseos, de las ambiciones, de las inmoralidades, de los peligros, y á dos pasos del camino del crimen, más concurrido que nunca y en el que los más se empeñan, no por perversión de sentimientos, ni de ideas, ni de costumbres; acaso sin voluntad y sin aptitud, sino fatalmente impulsados por falsas, pero apremiantes necesidades á que no saben ó no pueden ó no se atreven á resistir.

¿No parece la situación digna de fijarse en ella, de estudiarla, de consagrarse á buscarle remedio, atenuante siquiera; á *sencillicar* un poco esta sociedad de los refinamientos y de las idolatrías, en la que nadie quiere ser menos ni prescindir de tomar parte en el festín universal; cuya fábrica de pedestales compite en actividad con la de zancos; cuya falta del conocimiento y del sentimiento de Dios tiende á suplirse con la adoración y el culto del oro resumido en el *yo* universal que palpita en sus entrañas? ¿No....? Pues entonces dejémosla paso y quedémonos en la orilla, viendo con honda pena cómo la corriente se lleva entre sus espumas lo español de pura raza, lo tradicional, lo estimado, lo querido, nuestros títulos de orgullo con los que nos hemos hecho valer en prosperidades y desventuras; nuestra rancia ejecutoria de pueblo serio, noble y honrado.

GABRIEL DE LOS ARCOS.

Octubre de 1888.

LA PIEDAD

Emblema celestial de adoraciones,
Virtud inmaculada que palpita
Dentro del pecho; aspiración bendita
Que inunda con su amor los corazones:
Misteriosa deidad que con sus dones
Las heladas creencias resucita,
Que ensancha nuestro espíritu y limita
El sendero inmoral de las pasiones;
Fuente de dulce calma y de ventura
Que enjuga con su noble sentimiento
Nuestras lágrimas tristes de amargura;
Virgen consoladora, que serena
Las horas de la vida, y con su aliento
De esperanza y de fe las almas llena.

A. ALCALDE VALLADARES.

LAS BELLAS ARTES EN ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR EL CONDE DE LA VIÑAZA

Notas, ordenadas en forma de Diccionario, sobre más de 400 artistas no citados por Cean Bermúdez, ni por Llaguno.

(Continuación.)

B

Balaguer (JAIME), platero catalán avecindado en Barcelona á fines del siglo xv. — *Arch. de plats.*

Ballester (JUAN), pintor converso, vecino de Barcelona. Firma á los albaceas de Jaime Molés un recibo de 60 sueldos jaqueses, *pretio ejusdam clipei depicti cum signo seu armis defuncti, quod clipeum fuit defertum retro feretrum ejusdem die sepulturae, et postea positum in capella in qua corpus ipsius defuncti fuit tumulatum* (Iglesia de San Pedro): 10 de Junio de 1434. — *Mans. nots. de Barcelona.*

Barbut (SALOMÓN), platero judío establecido en Barcelona. En Mayo de 1349 promete á Fray Bernardo de Sala, Prior del Monasterio de Ermitaños Agustinos de aquella ciudad, construir un relicario de plata sobredorada, según la traza que le darían y del peso de 10 marcos de Barcelona, al precio de 9 liras cada marco, obligándose á entregar su obra para la fiesta de San Juan. — En documentos del año 1361 vuelve á leerse el nombre de este artífice. — *Mans. nots.*

Barina (JUAN), platero de Barcelona residente en esta ciudad á fines del siglo xv. El Barón Davillier, en su *Historia de la orfebrería española*, trae el grabado de una obra de aquel artista. Es un vaso ó jarrón redondo y de poca altura, tiene por asas dos caprichosos animales marinos, y á su alrededor lleva una fingida inscripción arábiga.

Barrufat (JUAN), arquitecto que remató en 1487 toda la obra del templo de Santa María de Cervera, en la provincia de Lérida. — *Pif.*

Bartolomé, pintor que residía en la Volta de San Climent de Barcelona, en 1374, según se lee en el *Reg. de dho. año del cuartel del Pino*.

Bartolomé (MAESE), platero y arquitecto. En los años 1320 al 25 ejecutó varias obras para la Catedral de Gerona, y trabajó en el original y riquísimo retablo del altar mayor. El 10 de Mayo de 1325 se le entregaron ante Notario 1.000 sueldos barceloneses por esta última magnífica obra y otras varias (...mille solidos barchinonenses de terno pro solvendo et satisfaciendo magistro Bartholomeu argenterio de operibus per eum factis et completis in retrotabulo argenteo altaris majoris et aliis hortalmentis argenteis ipsius ecclesie Gerundensis "...)

No obstante su principal profesión de platero, le vemos en estos mismos años dirigiendo las obras de la fábrica de La Seo gerundense. — *Su arch.*

Baruta (ANTONIO), bordador de oro, vecino de Barcelona en 1394. — *Arch. not.*

Baset (MAESE PEDRO), arquitecto que construyó, en unión de *Jaime Alfón*, el claustro gótico del Monasterio de Montserrat, en 1476. — *Pif.*

Bataller (TRISTÁN), pintor de cortinas. Residía en Valencia en 1403, según un documento que otorgó en aquella ciudad el Notario Jaime Blanco el lunes 24 de Septiembre de dicho año, en el cual nombraba Bataller procurador. — *P. Jover.*

Batet (MAESE JUAN), iluminador. Era capellán de la Capilla Real y se ocupaba en escribir libros para los Reyes D. Pedro IV y D. Juan I. — *Arch. de la Cor. de Arag.*

Bayena (ALFONSO DE), (*Baena*), escultor y lapiscida, vecino de Barcelona. Construyó en 1494 un *osario* ó *carnerario* para el gremio de tejedores de lino, en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, delante de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, patrona del gremio. La obra tenía que llevar esculpidas dos señales del oficio, *la aguilta e les taules e 2 tovallones una a cascuna banda del senyal*, y con una inscripción que indicase el objeto y pertenencia de la obra. El artífice recibiría por ella nueve libras barcelonesas sin poner la piedra.

Beltrán (N.), pintor en Barcelona, año de 1389. — *Reg. del Cuartel de Mar.*

Bellmunt (JUAN DE), iluminador de Barcelona, *escritor de letra redonda*, año 1399. — *Arch. del Ayunt.*

Belloch (AMADOR), platero barcelonés, que hacia 1480 residió en la capital de Cataluña. Davillier, en su *Hist. de la Orfeb. españ.*, trae el grabado de una joya de aquel artista que es un colgante ó adorno de collar. Su estilo es gótico, sumamente elegante, y representa dos delfines ó monstruos marinos y dos serpientes, enlazados estos adornos de una manera simétrica: debajo de la joya, en una banderola, se lee el nombre y apellido del artista.

Belloch (BARTOLOMÉ), platero barcelonés, cuyo nombre se lee en el testamento de su mujer Ale-



EDUCACIÓN DE SAN JUAN.

manda, hecho en 10 de Junio de 1381, viuda, en primeras nupcias, de *Pedro Martorell*, también platero. — *Arch. not.*

Bells (ANTONIO), platero de Barcelona, que en 1458 era *Conceller de la Ciutat*. — *Capmany, Mems.*

Bellshom (SAMUEL), platero judío, que vivió en Barcelona en 1383. — *Mans. nots.*

Benet, pintor de Barcelona. Interviene en un dictamen del año 1334. — *Arch. municip.*

Berenguer, iluminador de libros, que poseía una casa en la calle dels *Especiayres* (hoy *Libretería*), de Barcelona, en 1377. — *Not. de J. Eximeno.*

Berenguer (MAESE), pintor é iluminador de libros, según lo indica este doc. de 1280: «*Fideli suo G. de Spiellis baculo Barchinone salutem et gratiam. Quia Berenguarium scriptorem de domo nostra pro quibusdam libris nostris illuminandis Barchinonam transmittimus, mandamus vobis quatenus predictos libros iluminari faciatis et illud quod constit erit ex solvatis. Datum Exee xii kalendas Septembris anno Domini M.^oCC.^oLXXX.^o*» — *Arch. de la Cor. de Aragón.*

Berenguer (JUAN), platero de Va-



PORTADA DE LA IGLESIA DE AGRAMUNT, DIBUJO DE UTRILLO.

lencia. En tres escrituras notariales se obliga á hacer el año 1494 un relicario y la custodia para el Convento de la Merced de dicha ciudad, á imitación de la que había hecho para la parroquia de San Lorenzo, de plata sobredorada. — *P. Jover.*

Bermeio (BARTOLOMÉ), pintor, natural de Córdoba, de quien se conserva en Barcelona una obra inspirada y bellísima. Tratando de ella, se explica de esta suerte el Sr. *Piferrer*: «*En la casa gótica del Arcediano de la Catedral, casi frente de Santa Lucía, en aquel edificio, donde sólo se respira el ambiente de la venerable antigüedad, existe un cuadro ó tabla de una Mater Dolorosa, con el cadáver de su divino Hijo sobre su regazo. La profunda expresión de amargura y dolor estampada en las pálidas y contraídas facciones de la Madre, la lívida y caída á la par que hermosa cabeza del Hijo, son dignas del mejor pincel. A un lado y otro de este grupo se ven San Jerónimo, con anteojos, leyendo ó rezando, y una devota figura. Parte del paisaje es bastante gracioso: en lotananza divisanse las torres y cúpulas de Jerusalén, y por una cuesta baja un anciano israelita, montado en un caballo blan-*



CREPÚSCULO, POR J. PAHISA.

co. Pero el polvo que los años y el descuido han amontonado sobre los colores apenas deja ver lo que acabamos de indicar, de modo que se requiere toda la paciencia de un aficionado ó artista para limpiar y encontrar entre aquella fea capa los trozos más sobresalientes. En la parte inferior del marco se lee en latín la siguiente inscripción: *Obra de Bartolomé Bermeio, costeada por Ludovico de Spla, Arce-diano de Barcelona; 23 de Abril de 1490.* — Hoy se guarda en la Sala Capitular, habiendo figurado en lugar preeminente en algunas exposiciones arqueológicas.

Bernaldino, pintor y vecino de Santa Gadea, en Castilla. Pintó el año de 1487 el retablo de la iglesia de San Llorente de la villa de Zorita del Paramo, como consta de un despacho Real que existe en el *Arch. de Simancas*, fechado en Burgos á 2 de Octubre de dicho año.

Bernardo (MAESE), escultor notabilísimo de principios del siglo XV. Lo confirman los encargos autográficos que los monarcas le conferían, pues el Rey Fernando I le encarece la terminación de tres imágenes, en 30 de Agosto de 1413. Un documento, que existe en el *Arch. de la Cor. de Arag.*, dice así: "Lo Rey, Maestre Bernat: manam vos que tots affers a part posats, acabets les tres imatges de que Nos vos haviem donat special carrech, certificants vos quens en faretz sin gular plaer e servey, et lo contrari nos desplaure. Dada en lo siti de Balaguer, a XXX dies d'Agost del any mil CCCXIII. — Rex Ferdinandus. — Dominus Rex mandavit michi. Paulo Nicolai."

Berneu ó Barners (PEDRO), platero valenciano. Concluyó el magnífico retablo de plata del altar mayor de la Catedral de Gerona, comenzado por *maestre Bartolomé* y continuado por *Ramón Andreu*. Hizo al efecto el complemento superior y las tres imágenes de plata sobredorada para el remate: *Maria Santísima, San Narciso y San Félix.* — *Arch. de la cit. Cat.*

Es imposible, nombrando el altar mayor de la Seo gerundense, no dedicar un recuerdo al preciosísimo frontal, que era el mejor ornamento del altar, á cuya vista recordaban los viajeros los de Santo Tomás de Cantorbery y de San Marcos de Venecia, y que los franceses se llevaron en pago de la fuerte indemnización de guerra que impusieron á la ciudad, después del heroico sitio de 1809.

Berni (JUAN DE), platero residente en Barcelona 1480. — *Arch. del grem.*

(Continuará.)

Á UNA ESTRELLA

En el santuario de tu azul morada
Luces aislada, virginal estrella,
Como una bella que su amor perdido
Llora sin ruido.

Tú del silencio las calladas ruinas
Siempre iluminas con tu luz medrosa,
Que ella se posa donde quieta duerme
Lápida inerme.

Eres imagen de mi cruel fortuna,
Como ninguna por la hiel colmada,
Y tu mirada, con afán, doquiera
Busco en la esfera.

Cuando contemplo de fulgor ceñida
Esa tu vida que misterio encierra,
Dejo la tierra: de mi mente el vuelo
Sube á tu cielo.

Y es que yo pienso que en tu seno mora
El sér que llora mi existir sin calma.....
¡Madre del alma! De mi paso estrella:
¡Tú eres aquella!

J. J. JULIO Y ELIZALDE.

Chile.

LA SEÑÁ URBANA



La señora Urbana, advirtiendo que la noche se echaba encima, se apresuró á dar de mano al planchado del día, retocando, estirando y doblando las piezas. Era sábado y tenía que entregar. Retiró las planchas, apagó el hornillo, humedeció sus chatos y carnosos dedos y fué colocando camisas y enaguas encañonadas en el cesto; al paso que las ponía, las iba contando y diciendo:

— Una, dos, tres... del casero: bien traídas están, parecen de un pobre. — Cuatro, cinco... estas dos del comandante de los civiles. — Seis, siete, ocho... estas otras, de D. Doroteo, el abogado. ¡Eche usted tela! ¡Como que es un fenómeno! Tengo que llevar la ropita de Doña Elvira, la del 18, que con tanta bambolla, da poco que hacer y paga á pujos. En total, hay aquí unos diez y seis reales, y hacía cinco días que no planchaba.

— ¡Cuerno de vida...! ¡Maldita sea mi...! Y gracias que no tengo hijos que me lloren, más que el lila de mi marido que gana menos que yo. No tardará en venir y ya veremos lo que trae. Hoy ha hecho servicio de suplente. Es una ganga ser cobrador del tranvía... Yo no puedo con el genio de ese hombre: es encogido si los hay, y por más que trato de avisarle, ¡nál! Otros que entraron después que él ya tienen plaza fija. El Desiderio me contó que la semana pasada sacó más de seis duros. ¿Cómo lo hizo? ¡Pues ahí está! Voy á calzarme y atusarme un poco, antes que oscurezca en este maldito sótano, donde estamos enterrados. Y gracias á que la casa está á los cuatro vientos y entra su pizca de sol cuando le hay, que llevamos una de nieblas...!

La Urbana se refregó las manos con una concha de jabón de Mora, porque era limpia como los chorros del oro, eso sí. Se envolvió la derecha con un pedazo de toalla, mojó la punta de los dedos y se dió un pase por frente, cara y garganta, viniendo á parar en la tabla del pecho, donde el más escrupuloso restregón produjo un sonrosado vivo, sobre aquel cutis marmóreo y propio de una dama. La Urbana, á más del lustre de la epidermis, tenía buen pelo, de esos que tiran á colorado, ojos grandes y despiertos, pero era chata escandalosa, de pómulos salientes, labio preñado, orejas desertoras y boca... ¡Ah! la boca era lo peor de Urbana. Tales y tantas cosas salían por ella, que la habían emporcado y abierto en forma de no poder volverse á cerrar. Sentada en un baúl, tiró las alpargatas grises, enseñando las medias de rayas desteñidas, pero estiradas y aseadas, fundas de unas piernas molletudas y rechonchas, propias de aquella figura de Menina en burdo. Se calzó las botas de almacén, de chanclo blanco pespunteado de negro y con tacón bastante para querer parecer alta, y dando un respingo, cogió el espejillo valenciano, resumen de su tocador; sacó los dientes desiguales, sarrosos y roídos por la caries, mirándolos con tristeza; observó la lengua abundante y biliosa, y dijo arrojando el espejillo:

— La tengo sucia.

A esto, ya no veía: buscaba fósforos para encender la lamparilla, cuando en la calle paró un coche, viniendo á colarse por el tragaluz, la que despedía el farol del pesetero.

— ¡Gracias, primo! — gritó la Urbana con acento chungón. — Estate ahí plantadito hasta que yo diga. ¡Así como así, mi gas no arde!

Golpe estrepitoso de tos, entre alcoholizada y convulsiva, se oyó en la escalerilla que baja á estas geológicas viviendas. La planchadora, poniéndose el mantón avellanado, dijo:

— Ahí está ese.

Ese era su marido Diego. De rostro bobalicón y

desafeitado; con la extremidad masticada y humeante de un puro barbajoso, en el lado izquierdo de la boca. Largo y percutido gaban á la rusa; suspendida cartera de cobranza que viene á servir de tapadera al estómago; pantalón azul tina, mosaico de retazos de nuevo sobre viejo y gorra ó tortilla de doble y plateado galón en que resaltaba un descarado número de metal blanco: el 59. Sobre su hombro traía flotante, larga bufanda de punto imitando colores del arco iris, rematada por una borlita. Diego no dijo nada y se sentó. Urbana pagó este silencio con un bostezo, estirando los brazos. Él creyó que iba á pegarle y huyó el cuerpo.

— ¡Quita day, maulón! — dijo ella. — ¿Traes murria? Pues anda, que no la tengo yo floja para que me vengas con suspiros. ¡Cuerno! Acabo de tirar los trastos después de un día menudo. ¿Y para qué? Para sacar una miseria. Pero lo que digo yo: si yo no lo tengo, él lo traerá, que ya es hora! ¿Qué traes, vaya? ¡Revienta, hombre!

Diego dió un bufido: vació la cartera en el suelo y cayeron algunas monedas. El coche que daba luz echó á andar y el sótano quedó en tinieblas.

— ¡Vaya un paso! Echa un fósforo para ver el oro que vas desparramando! — Diego encendió la lamparilla, aunque no quería arder, y la Urbana recogió y contó:

— Cuatro pesetas, ahora una y estos perros... dos reales y quince céntimos... ¡Un duro y pico! El jornal diario son diez reales, pero como estamos empeñados, casi se los lleva el timo del usurero. ¡Qué ganga el tranvía, hombre, qué ganga...! — y se guardó el dinero.

— Y estése usted — refunfuñó Diego — todo el santo día, tieso, sufriendo la ventisca, el frío y los modos de los que pagan... Sin fumar más que lo que cae; teniendo que comer en siete minutos, que es como quien ataca un cañón de escopeta... y á luego llegar á casa hecho un trapo...!

— Y eso el día que toca. Si falta uno, si se emborracha otro, si se pone malo cualquiera, entonces vas tú, porque como eres un suple...! Un día de servicio nada más, uno! y tú tan tonto! ¿No comprendes que todo ese cuidao ni agradecido ni pagao? ¿No te ha dicho ya lo que hace al caso y con toda confianza el Desiderio? ¿No te ha contao lo que saca? ¿No has visto los papelitos tan bien imitados que se confunden con los verdaderos? Pues entonces ¿qué haces? Simple! ¡Bestia! ¿En qué piensas...? ¡Yo me consumo, cuerno!

— Mañana tengo servicio, porque López se ha dado de baja...

— Haces juegos de manos, para ver si podemos doblar. ¿Entiendes?

— Eso se arregla muy bien desde casa... pero allí te quería yo ver con el inspector metiendo la cabeza cuando uno está más descuidado. Además, yo no tengo valor para...

— ¡Para nada, ya lo sé, condenao de hombre! Si yo pudiera ponerme los calzones y el uniforme y manejar el dinero, ya verías lo que es bueno...!

— ¡O lo que es malo!

— Calla, mandilón, que no vales nada más que para que te mantengan y tener servido el pico y el trago...! Vaya, voy á entregar. Ahí te quedas, mundo amargo. Ahora vete de paseo, ó si no, donde lá Sofía, á que te eche una copa de fiado, ó al estanco donde tienes crédito...

Y mientras borboteaba estas palabras, de un par de vueltas colocó el planchado en la bandeja de mimbre, le tapó con una toalla; se ahuecó los rizos de la frente; metió las yemas de los dedos en la jofaina de almidonar, secándose los con la punta del delantal de cretona; se echó á la cabeza, sacándole punta, un pañuelo de seda nuevecito y se deslizó escalera arriba, dejando al cobrador cabizbajo y anticipando remordimientos.

Diego tenía á la Urbana más miedo que á un toro de cuatro años. El día que la conoció empezó exigiéndole que la quisiera con furor. — No sea usted boba — repuso él — tiempo hay para eso cuando nos conozcamos el genio. — Entonces ya estaremos casados — contestó la intrépida. — ¡Tengo que darle á usted más desazones...! Y así fué. A los quince días, Diego era pariente de su parienta y había pasado de la categoría de persona á la de cosa, pues la Urbana de tal modo le manejaba, que me río yo de los que hacen muñequitos de barro, comparados con la maña que se daba la Urbana en amoldar á su gusto y deseo á su hombre. Y vaya si lo conseguía, ya con mimos agrios, brascas monadas, ó dominándole por el terror, pues Diego era débil, materia blanda preparada para demonio ó ángel, y su costilla, espíritu malévolo, sin vacilación.

Despojado Diego de su vestimenta servil, lió un cigarrillo, exprimió sobre sus labios unas gotas de anisado, residuos de una botella, que le supieron á poco; puso una almohada sin funda, en el brazo del canapé, mueble el más usable de aquella morada; se ató á la frente un pañuelo de hierbas; aseguró el picaporte; sopló la luz y se recostó. No podía dormirse y vagaba por su perezosa imaginación turba de revoltosos pensamientos. — Vaya si me aburre ese demonio de mujer, pensaba, vaya si me corrompe su genio. Me trae como palillo de barquillero, juega conmigo á la pelota; exige que traiga lo que no puedo traer, que haga lo que no quiero, y, francamente, ya no la puedo aguantar... Mañana veremos; mañana: puede que... me atreva... pero si me cogen en un renuncio...! Ginés está siempre con cada ojo...! Eran capaces de armarme una causa... y con razón! Veremos, veremos... — y de repente gritó sobresaltado: — ¿Quién? Creí que era esa. Será el perro del albañil que ha rozado en la puerta.

Al día siguiente se recalentó el diálogo anterior. Diego, al volver del trabajo, traía ahorradas dos pesetas. La Urbana dijo:

— ¡Vaya una miseria! Pero por algo se ha de empezar. Mira qué salero tengo yo que de más de dos duros que me debe la tal Doña Elvira, no he podido sacarla más que diez pícaros reales, que es lo que me cuesta á mí un frasco de brillantina, porque la gasto de la mejor y así mis camisolas y un espejo son todo uno. Ya sé que mañana también trabajaré; con que, hombre, apaña, apaña, afana lo que puedas, que tengo que comprarte unos pantalones y también tengo que comprarme un corsé, que porque sea pobre, yo no soy de esas desgali-chás que dejan que su cuerpo se vaya por donde quiera. ¿Estás, Diego? ¿Hoy traes dos pesetas? pues mañana traerás cuatro, y así! Estas las guardo para la puchera — y se las guardó.

— Tú quisieras — se atrevió á replicar Diego — tener un bolso repleto para moños; pero antes es el pan de cada día y el cumplir con quien hay que cumplir para que no suban los réditos.

— Eso es lo que tú quieres, maula — dijo Urbana temblándole la barba — tragarte cuanto yo gano; pues súdalo tú, que esa es la obligación del hombre y no de la mujer. Si yo estuviera en tu pellejo, llevaría á mi esposa hecha un sol. Pero tú mira lo estropajoso que vas, ¡cuerno! y así quieres que vaya yo. Es claro, soy una mula de carga, una esclava tuya y basta! ¡Pues no, no y no! Que quieras que no quieras, el domingo estrenaré el corsé y el pañolón y si puede ser de ocho puntas mejor que mejor. ¿Cuando estás de servicio por la noche?

— Mañana tomaré la gran pulmonía, que el tiempo no está para otra cosa y la plataforma es peor que la garita de la *Punta del diamante* que hay en Palacio.

— Anda, que no te morirás yendo bien forradito de *Anis del Mono*. Lo que es que ya que te expones,

no te descuides. Ya sé que te han dado los papeli-tos: los largos y nada más.

Diego prestó servicio muchos días y muchas noches, aunque se ignora por qué arte fué acrecentando su jornal. La Urbana le preguntaba siempre al entrar al sótano: — ¿Que tal hoy? — Si él respondía: Tal cual, ó bien, ella soltaba una carcajada de alegría. Si callaba, mal síntoma; ella empezaba á dar porrazos con la plancha sobre la punta de la mesa, y una vez la aplicó á los dedos del paciente marido, quien, con el pensamiento, la llamó animal. La Urbana, con admiración de la vecindad, se plantificó un mantón de tres duros y trajo un corsé de cuarenta reales, que anduvo en lenguas. Ella, según expresión de una vecina, de fijo era la Señá Casta, siempre salía dándose betún, que había que verla, mientras Diego seguía con los mismos pantalones. Pero ¿cómo era eso? No cogía la plancha hacía una semana; el hornillo no chisporroteaba; sin duda comían fiambre, lo cual hacía exclamar á la planchadora:

— ¡Ea, que no salimos de pobres! Maldita sea la...! y se alimentaba tragándose lo demás.

Cierta noche se acostó temprano, porque andaba malucha. Al entrar dijo al portero:

— Calle usted, que vengo como si me hubieran dado una paliza. Siento una punzada, así como hacía el sobaco izquierdo, que no es la primera, y sabe Dios lo que será. Me voy á zampar en la cama. Cuando venga ese, que está de última hora, dígame usted que debajo de la puerta encontrará la llave.

A cerca de las tres entró Diego, cuando ella soltaba un ronquido, primo hermano de un rebuzno, que la despertó.

— ¡No vienes metiendo poca bulla!

— La que alborota eres tú.

— ¿Yo? ¡Ave María Purísima! No tienes pizca de consideración, hombre. ¡Tarde y con daño!

Diego disparó un suspiro bastante elocuente, rumiando frases, así como maldiciones, que por lo veladas parecían venir de muy dentro.

— Dí qué traes, gazzápíro!

— ¡Nada! — Segundo suspiro.

— Algo traerás.

Tercer suspiro. — ¡La licencia absoluta!

— ¿Ya no vuelves mañana?

— ¡Ni mañana, ni nunca! Tenemos que irnos de aquí. Por seguir tus consejos, me han cogido! Han dado parte y el jefe, delante de todos, me ha puesto esta tarde como una zúpia, llamándome falsificador, canalla, ladrón, y echándome á la calle. Y gracias que no me ha llevado al juzgado de guardia.

— ¿Y han echado al Desiderio?

— A ese no. Nos hemos jorobado nosotros solitos. Con que, hija, tómate esa! Cómprate pañuelos y corsés, anda!

Diego echó un fósforo y vió á la Urbana en pie sobre la cama, tirándose del pelo y poniendo una cara de basilisco que daba horror. Quería gritar y no podía, cayendo cuán larga era, aunque lo era poco, con un estremecimiento nervioso, sobre el catre de hierro, que trepidaba, sonajecía, como si el terremoto empujara la habitación. Duró aquel baile un rato. Diego por contener las sacudidas de la paciente, recibió arañazos, mordiscos hidrofóbicos y otras demostraciones que llamaría inconscientes, si no fuera por lo manoseado de la frase. Le agarró el pelo, como con tenazas, y tiró y tiró, sin chistar, hasta que desatándose aquella lengua viborézna, cual si reventara una válvula de vapor, entre borbobones de odio y relámpagos de ira, la Urbana hizo salpicón de estas palabras:

— ¡El jefe! ¡El jefe...! si nos tenía entre ojos! ¡Tío Judas! ¡Franchute...! ¡Cara de ajusticiado...! ¡So píllo...! ¡Mata pobres! ¡Él sí que roba, él! ¡Bandido...! — fulminando, por último, esta generosa sentencia:

— ¡Permita Dios que se muera rabiando y que no le alcance ni la Ucción!

Salieron, á la tarde, él en busca de trabajo y ella á pedir prestado, pues decía que estaba cansada de la plancha, y en cada diálogo que echaba por calles y puertas de la vecindad, iba desengarzando un rosario de maldiciones contra el que tenía la culpa de todo. Su saludo con la gente era: — ¡Así le pata un rayo! — y su despedida: — ¡Que reviente y ustedes lo vean! — Apenas había podido reunir una peseta de acá, unos perros de allá, y diez reales que la anticipó una compañera de plancha con tal de que la ayudara al otro día. Pedía no porque la faltara dinero, sino por disimular y por gusto de estar ancha. Veinticuatro horas hacía que Diego no comía, del disgusto. Ella por el contrario; la rabia la había abierto el apetito y devoraba el pan y pensaba cenar aquella noche muy bien, porque á los nervios, según su dicho, había que callarlos con el plato. Encontró á Diego que volvía hacia casa.

— ¿Sabes el dictamen de Wenceslao? — le dijo; — que otro que tú, hubiera ya pespunteado el cuerpo al jefe.

— Dí al Wenceslao que lengua no le falta, pero que acciones sí. Buen remiendo sería ese para ir al *Abanico* ó más allá.

— A la cárcel no van más que los tontos, pero veo que vamos á tener que ir para que nos den de comer, si es que no traes algo.

— Tú traerás, que tienes crédito... — Diego sabía que la pedigueña no estaba tan pobre y conocía sus exigencias — diciendo esto atravesaban la calle.

— Aguárdate no nos atropelle ese entierro. Debe ser de un gordo por los muchos coches que van...

Llegó el carro fúnebre: cuatro columnas de palo, y montera rematando en cruz, esquinada de churruigueresca crestería. Debajo, la caja ventrada claveteada, galoneada de oro basto; baúl de despojos humanos. Dos jamelgos negros, luctuosos, de tardo andar, cabeza mustia, manta de relumbrones dorados y penachos de diadema con cerdas espeluznadas, batidas por el aire. Cochero de paño largo, salvos sean el cúbico chapeo y la cara descompuesta por los mohines de un sueño tenaz, aunque no tan positivo como el del que iba descansando ya inadvertido de sí y apenas notado de los vivos. Detrás un coche empolvado que despedía el duelo y, por las ventanillas, los vapores de cuatro puros del estanco que parecían ir diciendo: ¡La del humo! Luego serpenteaba una fila de coches por horas, automedontes de gorra reglamentaria y trajeadura libre: invitados de fisonomías ambiguas: plañidores que no sabían si llorar ó reír. La berlina de un caballero solo, que iba leyendo *El Imparcial*. Un coche de lujo dedicado expresamente á la ornamentación del acto, coche desdeñoso por lo vacío; que bien denunciaba ir allí por haber sido suplicado. Tren, en fin, de personas afectadamente circunspectas, verbosas, comentaristas y satisfechas para sus adentros, de dar un paseito al sol.

Diego, sin saber por qué, quedó inmóvil á un lado de la vía, presentando una cara que ni la del mismo difunto estaba más muerta. La Urbana echó un vistazo de curiosidad estoica sobre el cortejo, saludándole con estas palabras:

— ¡Anda, que ese no dará más qué hacer!

Diego, viendo á varios compañeros de la Empresa á pie, y otros de mayor categoría, arrastrados por un landó, instintivamente se hizo atrás, pensando: — ¿Quién será? La Damasa, mujer del Desiderio, pasaba por allí sonándose con estrépito y dándose restregones en los ojos, para hacer ver que lloraba.

— Eh, chica, muchacha, ¿quién llevan ahí? — voceó la Urbana reventando de curiosidad.

— Pues ¿no lo sabías? El... el jefe, que esté en gloria! Murió anoche de... de repente!

— ¡Jesús! — dijo Diego, y echó á correr.

— ¿El jefe? Anda, mujer, no te chulees conmigo!

— Que sí te digo. Estaba delicado. Tuvo aquel disgusto que tú sabes, por las cuentas, y ahí le ves!

— ¡Cuerno! ¿Con que tan pronto ha caído? ¿Con que ha caído la...? ¡Qué barbaridad!

Y hablando sola y dando saltos y brincos, como una alimaña suelta, apretó el paso para alcanzar á Diego. Y Diego, sin volver la vista, corría cada vez más, desconcertado al oír un coche, que casualmente corría detrás de él, creyendo que era el del muerto que le gritaba: ¡Ladrón! ¡Asesino! ¡Falsificador!

— Galgo, no corras — gritaba ella — que te voy á decir una cosa. Espera, hombre, espera! Mira que no puedo respirar...! Vaya, ya he vuelto á sentir la punzada... — Y se paró irguiendo la cabeza, abriendo desmesuradamente la boca y echando mano á la pared para sostenerse. — Será flato — se decía. Aunque trabajosamente, siguió.

Diego se sentía indispuerto: estaba asustado. Al verla entrar en casa, dijo:

— ¡Cierra pronto, cierra! ¿Viene alguien contigo? Tenemos que mudarnos: esto parece una sepultura.

— Hombre, no seas mandria, que los muertos no se comen á nadie... ¿Has visto lo que es obrar mal? ¡Ya cayó! ¡Ya cayó! — Y poniéndose en actitud flamenca, tronó el cuerpo, batió las palmas y soltó una risotada que heló la sangre á Diego, añadiendo:

— ¡Hijo, al que yo le echo el fallo, no se escape! Vaya, no te amilanes, que con haber muerto ese tío, ahora volverás á entrar. Ten pecho, hombre, ten pecho, como yo le tengo...! — Diego se limpiaba un lagrimón con el envés de la mano, y ella entre cólera y humorista, machaconeó la frase:

— En lugar de venirme con gimoteos ¡cuerno! la vamos á celebrar. Mañana me lo dirás que es fiesta. Estrenaré el corsé, y para que te alegres, habrá cenita buena; traeré unas botellas de vino y armaremos una juerga de vecindad. Todavía tengo yo unos cuartos arrinconados, para gastármelos á la salud del difunto. ¡Verdad...! ¿Qué quieres decir con esa cara de condenado que pones? ¿Que no? Me es igual. ¿Tú, qué te has propuesto, que nos entierren como al otro? ¡Quiá! Tengo yo todavía que dar muchas desazones. Si no te colocan pronto, tú verás matar gente! ¡Ya lo verás!

Al anoecer del día de la Candelaria, ya había empezado el baile en la mazmorra de la Urbana. Convidados por ella, iban entrando los amigos. Por la tenebrosa escalera se oían el patear de los hombres y las picoterías de las mujeres.

— Vamos, vamos, que ya esta escomenzao.

— Para que haiga mejor luz han traído espelmas.

— ¡Está el Golilla con la guitarra!

— Toma, y Germán con el acordión! ¡Oye, oye!

En el patio, tronaba una vozarrona llamando á los de las guardillas:

— Bajen ustés en cá la Señá Urbana, que hay jaleo largo!

En un decir Jesús, se colmó la habitación soteña. Era bastante capaz: sus líneas irregulares facilitaban la mutación, convirtiéndose en cocina, sala, taller, á gusto del ocupante. La bóveda iniciaba un arco, del que pendía cortina de apurado terliz á cuadros azules y blancos, interrumpidos por curiosos remiendos, telón que se corría para formar dormitorio, ó descorría para hacer salón. Detrás estaba la cama de hierro desquebrajada y coja, oculto el jergón de paja de maíz por un cobertor de desperdicios de refajos colorados, sobresaliendo la cabecera con su medalloncito de latón, en que estaba pintada, vilipendiada, aquella que llamaban la Divina Pastora. En el lado opuesto lucía el canapé oriundo de algún palacio, en el que Diego se

entregaba frecuentemente al reposo por mor de no estropear el jergón. Distribuidas acá y allá, andaban sillas de anea, cortadas las patas, repuesto el asiento con tejido de sogas ó defendido por forros de alfombra desechada: otras de gutapercha semi-negra, y jaspeaduras de blanco, que por su desvenijamiento, ofrecían áspero vaivén, y una silla enanita donde la planchadora se sentaba á repasar la ropa, con asombro del tío Lino, que decía:

— Miste qué demonche, dónde meterás para sentarte eso que tienes detrás!

En sitio preferente, estaba la mesa de pino blanco, destinada al planchado, fregoteada cada tres días con estropajo, arena y jabón. La cómoda derrengada, agrietada, con los cajones á medio cerrar, pero limpia, sobre la cual se aglomeraban cachivaches y objetos diversos: lamparita petrolera, inútil para el uso, de panzuda pantalla de papel rosa marchita, menudamente rizado, lo cual recordaba la pelliza de un corderillo. Un San Isidro de barro fino, pegada la cabeza con cera, que habiendo perdido su natural posición, miraba por encima de la nuca. Dos jarrones de madera picada en forma de abanico. El espejillo de cartera, luna opaca, pequeño facistol en que la Urbana se leía á sí misma. Tenacillas de encañonar y rizar. Un almanaque ilustrado del año 73, que servía de bandeja á una jicara con ungüento, y otras cosucas.

En la pared respectiva á la cómoda, perla de este ajuar, una estampa litográfica de Santa Filomena salpicada de reminiscencias de mosca, con marco de caoba sin cristal, y á modo de geniecillos que orlaban su gloria, clavados con tachuelas, cuatro cromos de manufactura tosca y manchas subversivas, representando las estaciones del año. Ya se sabe: nevado el Invierno; empedrada de rosas la Primavera; el Otoño, hojas por el aire y árboles de color de canela; el Estío abrumado de haces y espigas, con su fondo de cielo ensangrentado. En el ángulo más espacioso había, por último, dos hornillos; el de ladrillo, fogón en abreviatura, para guisar, y el de hierro para las planchas: una espuerta de carbón y el fregadero con los barreños boca abajo, coronado por una sarta de tapaderas de barro y de cucharas de madera; parrillas de asar sardinas, y vasar colmado de cacharros, platos desportillados y otras menudencias. En cada mesa, un candelero con vela de esperma, alguna ya corrida y de petrificados lagrimones, efecto del venticillo que se calaba por el desamparado tragaluz.

La mayor parte de la concurrencia femenil, allí en mayoría, se arrellanó en el suelo: los hombres en sillas bajas ó recostados en la enjalbegada pared. Diego estaba sentado en una arquilla, pálido, ensimismado, ausente más que presente: ni miraba, ni hablaba, ni casi respiraba. Aquel día ayunó por no tener pizca de gana y por no tener qué comer. La Urbana había reservado la comida para reforzar la cena. No tuvo tiempo de hacer nada con la tarea de arreglar la casa y de adecentarse sacando el fondo de la arquilla: por primera vez de su vida se había vestido, metiendo en prensa los desperdicios de su humanidad, con el corsé nuevo. Al primer baile que echó teniendo por pareja al Desiderio, polka ceñidita, despiciosa y de buena fe, rozando el pelo de la Urbana con la nariz de su adosado, dijo él:

— Señora, ¿á qué güele usted? Será á pomá que atonta de fuerte!

— No lo gasto yo menos.

Y una vecina, absorbiendo con la nariz en facha, añadía:

— ¡Ay, qué rico olor á bergamota! ¡Y qué repeinada!

— Pues como tengo el pelo tengo la ropa, exahumada!

— Ya sé que has estrenado un corsé y dónde le

has comprado: me lo han contado. En la tienda de Narciso, y carito que te ha llevado!

— Tres duros.

— Dos, no mientas, que muchas señoras le quisieran igual.

— A ver, á ver — dijeron otras.

Y la Urbana mostró el corsé, color de ante pespunteado de rojo, con ribete de puntilla fina, ojete enhebrados de trencilla, lazo sangre de toro en la confluencia de los senos, y casi tantas ballenas como hilos tenía el tejido de la tela. Dicho se está que no sólo le vieron, sino que le tocaron y resobaron todas las presentes.

— ¡Pues ni que fuera una coraza!

— ¡Anda qué lazo! De buten, hija!

— Estoy — dijo ella — que me cuesta trabajo respirar!

— Tapa, tapa, no seas provocativa! — rugió una voz de sochantre.

— ¡Ande el baile, ande el baile!

— ¡Ande! Ande!

Jóvenes y talludas pusieron brazos y caderas en movimiento. Germán bordaba con sus dedos, negros por la pez del oficio, el teclado del acordeón. El polvo del ladrillo empezó á hacer densa la atmósfera. No había pies ociosos ni lengua cartuja. Bullían dicharachos, requiebros groseros: en el fondo de las conversaciones palpitaba la murmuración. Risotadas ingenuas, agudas, retumbantes, ahogaban los sonidos de la vihuela. Vagaba, de mano en mano, una botella de peleón que cada quisque se ponía por trompeta; apurada aquella, en un relampaguear salía otra. Lino la dió un avance, ofreciéndosela á Diego que no quería, pero que al fin la desocupó, mientras que la Señá Casta, vieja desdentada de cabellos petigrises y moño alto, tomando aire melodramático, sopló al oído de la Urbana:

— Hija, qué acertada estuvistes. ¡No le alcanzó ni la Ucción!

— ¡Vaya con dos mil demonios! — bramó la Urbana dando una embestida á la botella y acercándose á echar en la sartén hirviente las magras del jamón.

— Chica — dijo á la niña del portero — dale vueltas con esa cuchara, que yo lo sacaré cuando esté en sazón.

— ¡Seguidillas! ¡Peteneras! ¡Siga el baile! ¡Ande la broma! tronaba aquel conjunto de voces enronquecidas, entre el vapor de tufaradas acres, alientos y sudores dominados por el suave, aperitivo y trascendente aroma del jamón frito que chillaba en la sartén, al paso que el humo enrarecía el ambiente, dando sabor á un cuadro característico de bodegón, bambochada de Teniers ó escena popularesca de Goya.

Siete parejas daban tormento á sus cuerpos. Bullían y alborotaban las tajadas: el humo del aceite apretaba los bronquios y provocaba la tos. Diego se puso morado de los asmáticos esfuerzos, mas los que le rodeaban recetaron un trago bueno, y todo se pasó, después de arrojar por inútiles las botellas que quedaban. El Golilla pespunteaba, canturreaba unas seguidillas madrileñas, y la Urbana, en medio del cuarto, fatigosa, encendida, fuera de tino, se contoneaba, braceaba, menudeaba los saltos, gritando en convulsiones y accesos nerviosos, que revelaban un estado patológico:

— ¡Ole, ole! ¡Viva la bronca! ¡Ya cayó ese indio! ¡Ya cayó...!

Súbitamente, la frenética jaleadora se echó una mano al corazón y otra á la frente, puso los ojos en blanco y cayó de espaldas, produciendo un golpe seco y aterrador que aún la consintió hablar:

— ¡Desabrochame el corsé...! ¡El corsé! ¡Me ahogo...! y se despedazaba con las uñas el seno. — ¡De prisa...! ¡Brutos...! ¡Me muero...! ¡Vamos...! ¡Cuerno! Lanzó una mirada siniestra, un ronquido gutural y nada más.

¡Estaba muerta!

Los convidados la cercaron, la pulsaron, contemplaron con ojos espantados su última mueca, pero nadie la lloró. Parecía aquel suceso previsto, aquella muerte esperada, justificada... Lino buscó con la vista á Diego. Estaba inmóvil, apoplético, aletargado, tal vez ebrio y tendido en el canapé.

— ¡Hombre — le dijo á voces destempladas — despiértate!

— ¡Que está aquí mesmamente muerta la Señá Urbana!

— ¡Que se le ha roto algo interior!

— ¡Que ha caído redonda!

Diego abrió, mecánicamente, los ojos; los volvió á cerrar.

— ¡Muerta, ¿lo oyes? muerta! — repitieron.

— ¡Ya lo oigo, que no soy sordo!

Y murmurando palabras severas, frías, inarticuladas, dió un resoplido del que se desprendían gases febriles, mezclados con fermentos de ideas torvas y, volviéndose del otro lado, añadió:

— ¡Está bien! ¡Está bien!

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

EL CONEJO Y EL ZORRO

Entre matas de mielgas y tomillo iba saltando alegre un conejillo, y al dirigir su rápida carrera hacia la madriguera, de oculto cepo el acerado diente atravesó sus patas de repente. Un zorro muy tunante que andaba por allí en aquel instante, al verle aprisionado exclamó: — « Bien merece el que ha inventado tan útil artimaña con tanto ingenio y maña, que su nombre se escriba en las historias y su invención entre las más notorias. » Hablando así, tiró del cepo y presa, el verde césped convirtió en su mesa, y mascando al cautivo prorrumpió: — « ¡Buena suerte es la mía! » Y al seguir su camino decía bendiciendo su destino: — « Yo aseguro, pues veo lo que vale, que á esta invención no hay invención que iguale. » Pensando en las delicias de la fiesta bajó por una cuesta, y cuando estaba más desprevenido en otro cepo se encontró cogido, y al verse como el infeliz conejo dió un grito el zorro viejo. De ira y de sangre rojos fuego lanzaban sus ardientes ojos, y con rabia mordía la máquina que preso le tenía, clamando á impulso de hondo sufrimiento: — « Sea por siempre maldito este instrumento, y á todos sea aborrecible el nombre del condenado de hombre que inventó la manera de dar muerte cruel y traicionera. »

Júzgase el mal de un modo diferente, si es uno ó el vecino quien lo siente.

MARÍA DEL PILAR MUNTADAS.

CRÓNICA

Entre los establecimientos y asociaciones benéficas de esta Corte ha distribuido nuestro Prelado pesetas 18.423'56, producto de las tres quintas par-

tes del Indulto cuadregesimal correspondiente á la predicación de 1887, cuyas cuentas fueron ya aprobadas.

— Ha dispuesto nuestro celoso Obispo que los Sres. Curas párrocos, Rectores de Oratorios públicos y Capellanes de las Comunidades religiosas no consientan, en manera alguna ni por ningún pretexto, que ni bajo el dintel de la puerta de sus Iglesias respectivas, ni en la parte adentro del mismo ni en sus atrios se pida limosna por persona alguna sin que antes solicite y obtenga de S. E. I. permiso para ello, el cual se concederá previa justificación de pobreza y á un número limitado de pobres para cada Iglesia.

— Continuamente se están tocando los efectos de la emigración.

En la actualidad se da en Buenos Aires el triste caso de haber multitud de infelices que invaden el muelle de la capital, buscando el modo de volverse á España, y llorando la desgracia de encontrarse lejos de su patria, sin tener dinero para pagar el pasaje.

Contrista el ánimo escuchar los relatos de los trabajos y penalidades que sufren los que, seducidos por halagüeños ofrecimientos ó engañados por su propia imaginación, ven prácticamente la verdad de la famosa fábula de la lechera, y tocan los sabores de la más espantosa realidad.

— Por todo extremo solemnes han sido las fiestas de la Coronación de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de Barcelona, que acaban de celebrarse en aquella populosa ciudad. A ellas han asistido muchos Obispos y más de 3.000 sacerdotes; S. A. R. la Infanta Doña Isabel y un sinnúmero de corporaciones. La traslación de la Santa Imagen desde su Iglesia titular á la Catedral Basílica fué un acto grandioso, como lo ha sido después la Coronación y la procesión conduciendo á la excelsa abogada á su Iglesia. El espectáculo que ha ofrecido estos días la culta capital de Cataluña ha sido tierno, majestuoso y consolador para los católicos. Entre los oradores sagrados que han tomado parte en las funciones, están dos de los que más enaltecen la sagrada tribuna, los Rmos. Obispos de Salamanca y Santander. El ilustre P. Cámara, tratando la cuestión del naturalismo á propósito de la Coronación de Nuestra Señora, sentó la siguiente proposición: « El Naturalismo es el cautiverio de la inteligencia, y su redención está basada en la verdad católica. » Con sólo presentar el naturalismo, dijo, al mundo ilustrado, á los hombres que raciocinan de buena fe, con sacarlo á la plaza pública tal cual es y juzgarlo por sus deplorables efectos, se le reconoce en su repugnante desnudez. Lo describió tal cual se ostentaba en la época que con su esplendor dominaba al mundo; tratando su historia con gran colorido y verdad. Al pintar la Roma pagana dominada por el naturalismo triunfante, tuvo rasgos felicísimos por la brillantez del poeta, y la convicción del filósofo.

Ante tanta degradación, añadió el P. Cámara, Dios, para destruir el naturalismo, que había corrompido la sociedad romana, en la misma naturalista Roma quiso sentar su Iglesia; en Roma quiso establecer la cátedra de la Verdad, y Pedro y Pablo fueron quienes con su doctrina lo destruyeron. Al efecto, hizo una notable paráfrasis de la epístola de San Pablo á los Romanos, en la que el grande Apóstol describe tal cual es el naturalismo. La pintura de la sociedad romana fué de mano maestra, viniendo á exponer su decadencia. Acerca del naturalismo moderno, dijo que, sin embargo de conocer á Dios, las pasiones de sus secuaces les impiden conocer la verdad y la justicia, extendiéndose después en consideraciones filosóficas á fin de demostrar que el naturalismo rebaja la dignidad humana,

esclavizando la inteligencia por cuanto no le deja elevar á las serenas regiones de la inmortalidad, de la suprema bondad y de la belleza eterna.

— Con el fin de conmemorar la Exposición Universal de Barcelona y servir de recuerdo á los periodistas y corresponsales que á ella han concurrido, se anuncia la publicación de un solo número de un periódico ilustrado, con el título de *La Prensa de la Exposición*. Será parecido al periódico titulado *Paris-Murcia*, no tendrá carácter político y cada colaborador podrá escribir en el idioma que desee. Todos los escritores y artistas que en dicho periódico colaboren trabajarán gratis, y el producto de la venta, deducidos los gastos materiales, se destinará á los establecimientos de beneficencia de Barcelona.

— Según las últimas estadísticas, Londres ocupa hoy una superficie de 700 millas cuadradas, con 4.869.000 habitantes, entre los cuales se cuentan 260.000 extranjeros de todos los países del mundo. Hay en la populosa ciudad más romanos que en Roma, más judíos que en toda la Palestina, más irlandeses que en Dublin, más escoceses que en Edimburgo. Se calcula un nacimiento cada cinco minutos, una defunción cada ocho, siete accidentes por día. Cada año se construyen 40 millas de calles nuevas y 15.000 casas. Se arrestan 38.000 personas al año por causa de embriaguez. Distribúyense anualmente 298 millones de cartas. El camino de hierro subterráneo representa un movimiento diario de 1.211 trenes. La compañía general de Omnibus posee más de 700 coches, que transportan al año 56 millones de pasajeros. Es más peligroso circular por las calles de Londres que atravesar el Atlántico. Hay 15.000 policías, 15.000 coches de plaza y 15.000 empleados de correos. El coste de gas para el alumbrado de Londres no baja de 15 millones de francos al año. Se publican 400 periódicos diarios y semanales. Hay, por término medio, 600 incendios al año.

— El nuevo Arzobispo de Santiago, Sr. Martín Herrera, será preconizado á últimos de Noviembre.

— En los Estados Unidos se ha creado un nuevo ministerio del Trabajo. Su programa aparece sintetizado en las siguientes palabras de la ley: « El departamento federal del Trabajo tiene por objeto vulgarizar y reunir en las poblaciones todas de la Unión, las noticias útiles relacionadas con el trabajo en toda la extensión de la palabra, y especialmente informes sobre el capital, las horas de trabajo, salarios de los obreros y cuanto pueda mejorar su condición material, social, intelectual y moral. »

Ante los problemas sociales del porvenir que pesan como terrible amenaza sobre los gobiernos, es posible que la innovación americana constituya un gran paso.

— En San Sebastián han comenzado los trabajos preliminares para la construcción de la nueva iglesia parroquial del Ensanche de aquella ciudad.

NOTAS SUELTAS

LA PESCA

Cuando sobre nuestras mesas vemos aparecer esos deliciosos pescados que tan gratos nos son al paladar y que el ferrocarril ha conducido casi vivos por la mañana á nuestros mercados, ¡qué lejos de nuestro pensamiento se halla á precio de cuántas fatigas y sufrimientos nos ha sido procurado este placer!

Porque es ruda y sobre todo peligrosa la existencia de esos pobres pescadores, que sin temor á la muerte que arrostran á cada momento, ni á las horribles enfermedades que continuamente les diez-

man, van á buscar bajo las en-crespadas olas de un mar embravecido, ese pescado cuya venta debe proporcionar el pan necesario para la subsistencia de toda una familia, que anhelante espera, siempre llena de agonía y elevando sus oraciones al cielo, la vuelta del pescador.

«El que pesca un pescado, ha dicho Franklin, retira del agua una moneda.» Bien mezquina es, sin duda, y las más veces bien insuficiente para recompensar las fatigas y los peligros á que se ven diariamente expuestos esos infelices que, á precio de su salud y de su vida, proveen nuestros mercados, para que los acaparadores de las ciudades, vendiendo el pescado á un excesivo precio, se hagan ricos en poco tiempo.

**

— La cuestión del Norte se complica — decía uno.

Y un cesante contestó:

— Está mucho peor la cuestión del medio día.

— ¿Por qué?

— Porque cuando creo que mi mujer ha puesto la mesa, me encuentro con que no tenemos que comer.

**

El fastidio es una enfermedad; su remedio el trabajo; los placeres no son más que un paliativo.

De la compasión al amor no hay más que un paso.

Engolfarse en los recuerdos es amarlos.

Con tiempo y paciencia, la hoja de la morera se convierte en seda.

La inocencia es crimen entre los culpables.

Si la primera lección que des á tu hijo es la obediencia, la segunda será la que tú quieras.

Fortuna, belleza, juventud, pasan; la amabilidad no tiene término.

Los nombres son como las modas; cuanto más ensalzados más pronto se hacen viejos.

Hay quien reprende los defectos incurriendo en faltas graves.

El primer movimiento contra otro siempre es malo: contra uno mismo siempre el mejor.

Con los pareceres sucede lo que con los relojes: no hay dos que vayan acordes, y cada cual se rige por el suyo que cree siempre el más aceptable.

**

EL PAN

Lidios, capadocios y fenicios fueron los primeros obreros que hicieron pan viniendo del Asia á Roma el 582 de la fundación de esta ciudad. Los primeros panes estaban compuestos de manteca, huevos y azafrán. Se cocían en tarteras pequeñas, de manera parecida á la que se emplea en la actualidad. Algún tiempo después se dió á la masa la forma de una bola. Walter Scott, en su novela *Quintin Durward*, cita este hecho.

Durante muchos siglos, un pedazo de pan cortado en forma de almohadilla circular servía de asiento á los convidados en los grandes banquetes. En la consagración de Luis XII, Rey de Francia, se repartió ese pan á los pobres.

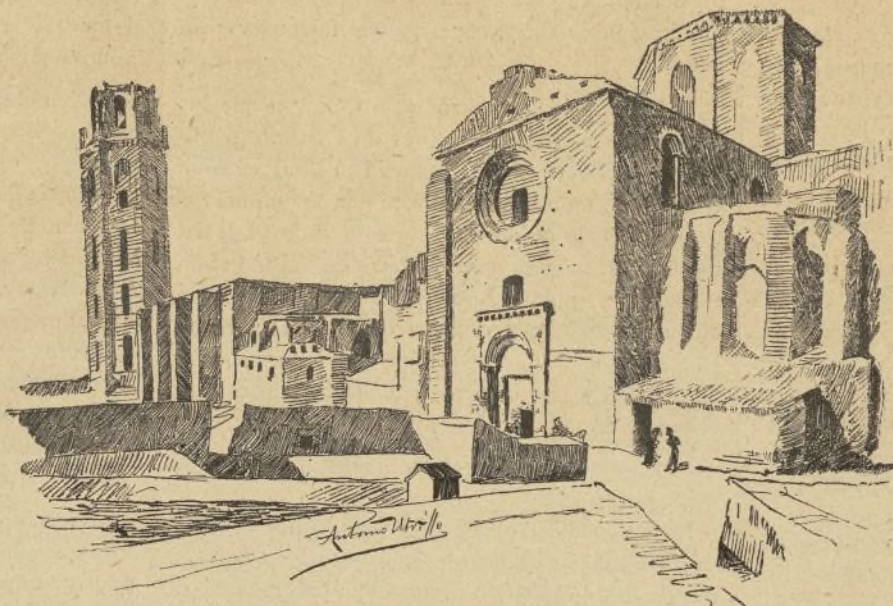
El pan no era entonces un manjar tan agradable ni de tan fácil digestión como en la actualidad. Se ignoraba la manera de hacer la levadura. El secreto de ese procedimiento se había perdido, pues el pasaje del Éxodo, en que Moisés prescribe á los Israelitas el uso del pan ácimo durante las Pascuas, indica claramente que ya en aquella época el pueblo hebreo comía pan con levadura.

Sólo después de algunos siglos fué de nuevo encontrado el secreto por los panaderos de París: mas en un principio era tal y tan constante el espíritu de resistencia de aquellas sociedades á toda innovación, que el Parlamento de París prohibió el empleo de la levadura, conceptuando que el pan con ella se convertía en sustancia venenosa.

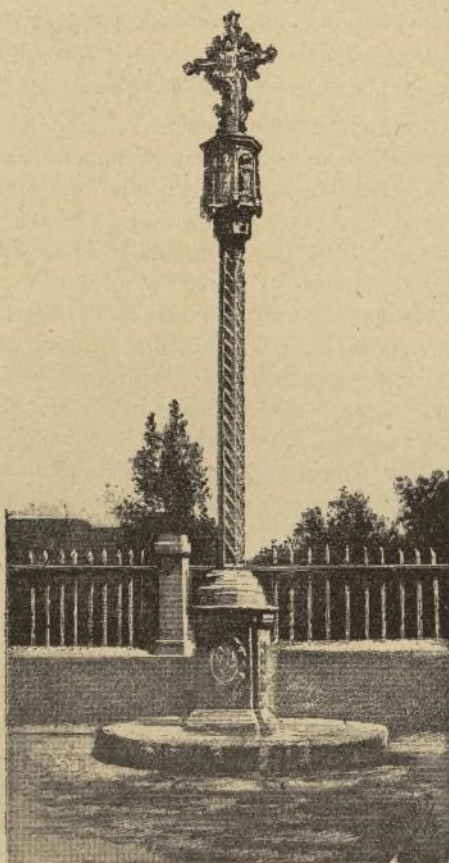
**

LOS TUERTOS

Philipo de Macedonia perdió un ojo en la guerra: no dió después batalla que no ganase.



CATEDRAL VIEJA DE LLEYDA, DIBUJO DE UTRILLO.



TARRAGONA. — CRUZ DE TERME,
Dibujo de P. M. Bertrán.

Anníbal quedó tuerto pasando los Alpes: Roma tembló al oír su nombre, por espacio de diez y seis años.

Sertorio no tenía más que un ojo; triunfó tres veces de Pompeyo, que tenía los dos sanos y buenos.

Zisca, terror del imperio romano, era tuerto.

Horacio Coclés, tuerto asimismo, defendió el solo un puente contra el ejército de Pórsena.

Camóens, eminente poeta portugués, era tuerto también.

Bretón de los Herreros, el autor dramático más fecundo de nuestros días, tuerto.

En política los tuertos son temibles, como que no se ve más que la mitad de su juego, y ellos ven por completo el de sus contrarios.

**

A muchos hombres se les hace de oficio, de jefes y superiores á otros; pero el hombre verdaderamente elevado es el que se hace superior á todo.

**

— Cuando vengas á casa — decía un amigo á otro — entra silbando.

— ¿Para qué?

— Para que se asusten y no te silben mis chicos.

**

¶ Examinando de doctrina á un gitano, le preguntaron:

— ¿Quién hizo el mundo?

Y después de reflexionar contestó:

— Me paese á mí que er Gobierno, que es el que jase siempre too lo malo.

**

Diálogo entre un boticario y un parroquiano:

— Nunca hay en esta farmacia lo que se busca.

— Al revés. Aquí hay de todo.

¿Qué desea usted?

— Espíritu de....

— Tengo todos los espíritus conocidos.... ¿De qué?

— ¿A que no le tiene usted?

Yo busco espíritu de....

— Vamos, hombre, explique-se usted.

— Espíritu de contradicción....

El boticario rehaciéndose:

— Pues mire usted, también le tengo. Sal, Casilda. Y le presentó á su mujer.

**

Si en las arenas del mar
escribes tu dulce nombre,
no extrañaré que al pasar
bese la tierra algún hombre.

G. DEL RIO.

JABON REAL VIOLET JABON
DE THRIDACE único inventor 29, B^a des l'Aléne, Paris VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.

● CURA inmediatamente toda
clase de Vómitos y
● Diarreas (de
● los tísicos,
● de los viejos,
● de los niños)
● Cólera, Tífus,
● DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Disenterias,
Vómitos (de
los niños
y de las
embarazadas)
Catarros y úlceras del estómago

**BISMUTO Y CERO
VIVAS PEREZ**

Precio: Caja grande, 3,50 pesetas; pequeña, 1,2. En Madrid: Al por mayor, D. Melchor García.

REAL ESTABLECIMIENTO DE MUNICH

PARA LAS ARTES ECLESIASTICAS

MAYER Y C.^a (Londres.)

VIDRIERAS de colores con efígies ó diseños geométricos.

ALTARES, VIA-CRUCIS, PÚLPITOS, ESTATUAS

Pueden admirarse las vidrieras de los Sres. MAYER Y C.^a, en las Catedrales de Burgos y Málaga; en las iglesias de Madrid, Pamplona, Jerez, San Sebastián, Vitoria, etc.



Los Sres. MAYER Y C.^a,
119, New Bond Street, LONDRES.

tendrán mucho gusto en remitir gratis y francos de porte diseños y catálogos á quien los solicite.

Tip. de los Huertanos Juan Bravo, 5 — Teléfono 2.198.